LA QUINTA VOZ



Martina de Caramelo

Elegir también es una forma de perder.

La quinta voz

© 2026, Martina de Caramelo

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su transmisión o almacenamiento por cualquier medio sin permiso previo y por escrito de la autora.

Primera edición digital, 2026

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Este libro habita los límites de la supervivencia humana. A través de sus páginas se exploran representaciones crudas de autolesión, conductas de purga, cicatrices, trastornos de la conducta alimentaria y las realidades complejas de la neurodivergencia, el trauma y la fragmentación de la experiencia. Nada de lo que aquí se narra busca la estética de la tragedia ni la imitación.

Esta no es una lectura cómoda. Es un testimonio de lo que ocurre cuando la mente deja de ser refugio y se vuelve laberinto.

Si estas realidades te perturban, lee con acompañamiento.

Algunas puertas no deben abrirse a solas.

- 415

Dedicatoria

A Laura que nunca ha dejado de sonreir.

.

A mi mamá, que me ha amado

incluso cuando yo no he sabido cómo hacerlo.

Epígrafe

"*El que observa desde las sombras*

también puede perderse en ellas."

Parte 1

“Cuatro”

1

No debería estar escribiendo esto. No porque esté mal, sino porque no sé en qué momento dejé de observarlas y empecé a necesitarlas.

Era viernes.

Las vi por primera vez en una discoteca.

Eso me gusta creer.

La música estaba demasiado alta. Me había tomado unos tragos de tequila.

Pero recuerdo todo.

Entraron juntas.

Eran demasiado parecidas.

Como si fueran hermanas.

No hubo nada fuera de lugar.

Rieron.

Hablaron.

Se movieron como cualquier grupo que ya se conoce.

Normal.

Hasta que dejó de serlo.

No pasó nada evidente. Nadie las interrumpió. No hubo discusión.

Pero se separaron.

Una se fue a la barra.

Otra a las mesas del centro.

Otra desapareció entre la gente. Y la última…

no estoy seguro de en qué momento dejó de estar.

No se buscaron después. No se cruzaron ni por accidente.

Como si necesitaran ver lo mismo desde un ángulo diferente.

La precisión de sus movimientos fue demasiado limpia para ser casual.

.

Primero vi a Laura.

En ese momento no sabía su nombre.

Pero hay personas que no necesitan presentarse.

Tenía el cabello largo, dividido en dos colas altas que desentonaban con el lugar.

Un short de lino, una blusa amarilla de manga corta y tenis.

Se estaba riendo sola. No de alguien. No con alguien.

Sola.

En la mano traía un bombón en forma de corazón, cubierto de chocolate.

Me quedé mirándola más tiempo del que debería. No por bonita.

Por ligera.

Como si no pesara lo mismo que el resto del lugar.

Tan ajena al ruido.

A las personas.

Como si lo único que importara de verdad fueran el masmelo y el chocolate.

Después apareció Violeta.

No la vi llegar. La sentí.

Hay personas que no ocupan poco espacio.

Lo ocupan todo.

Su cabello largo y ondulado le caía hacia la cintura.

Llevaba un vestido negro, una cartera pequeña color rosa y unas botas de cuero negro.

Se acercó a la barra.

Pidió un cóctel.

Giró la cabeza. Me miró.

—¿Te gusta mirar o te gusta que te miren?

No respondí de inmediato. Me congelé.

Estaba avergonzado, y ella lo había notado antes que yo.

—Depende —le respondí.

Sentí el pulso en mis manos.

Sonrió.

Como si ya lo supiera.

Pensé que terminaba ahí.

Pero no.

Después la vi a ella.

Luna.

Sentada.

Quieta.

No hablaba.

No parecía estar interesada en nada de lo que pasaba alrededor.

Solo miraba.

Con indiferencia.

Pereza.

Llevaba una blusa azul y un pantalón ancho que parecía más pijama que otra cosa.

Unos zapatos planos tipo bailarina y el cabello recogido en una cola de caballo.

Cuando sus ojos pasaron por mí, me sentí incómodo.

Vulnerable.

Se quedó unos segundos mirándome fijamente.

Como cuando uno cree que conoce a alguien, pero necesita confirmarlo.

Aparté la mirada primero.

No me gusta sentirme leído.

Y entonces apareció la última.

Martina.

Era seria.

Demasiado.

Caminaba erguida, mirando hacia el frente.

Ignoraba a todo aquel que intentaba seducirla.

No le interesaba.

Llevaba una falda corta de rayas verdes, una blusa beige ceñida a la cintura y unos botines altos color café.

Martina no hizo nada especial. Solo caminó hacia el VIP del fondo.

Se veía tan estructurada.

Tan ordenada.

Medida.

Pero a la vez cansada.

Como si estuviera sosteniendo un edificio a punto de colapsar.

Esa noche salí de la discoteca con una sensación rara.

No sé si era intriga.

Era la primera vez en mucho tiempo que quería saber más de algo que no me pertenecía.

Pero que ya no iba a poder soltar.

2

Escribir. Registrar. Como si alguien tuviera que dejar constancia. Y ese alguien fuera yo. Siempre yo.

No aprendí a hacerlo. Siempre lo supe. Como si hubiera llegado con esa tarea ya asignada: mirar, guardar, no perder nada.

Volví el fin de semana siguiente.

Aunque me había dicho que no.

Entré al restaurante-bar que estaba en la parte de abajo de la discoteca y le pregunté al mesero por el cóctel que había pedido Violeta esa noche.

Se lo describí. Dudó un segundo cuando lo pedí.

—El cuatro estaciones —dijo.

—Supongo.

—Es para cuatro personas.

—No importa.

No preguntó más. Pero me miró de una manera específica antes de irse.

La mirada de alguien que anota algo en su mente, pero decide no decirlo.

Me senté. La mesa era de sándalo —lo supe porque hace años me obsesioné con el estudio de los árboles, en especial los de madera dura— En el centro había una lámpara de bronce con un bombillo vintage y al lado un cenicero que se veía que no había sido usado en años.

Cuando llegó el cóctel, me pareció más grande de lo que recordaba.

Estaba dividido en cuatro colores: amarillo, verde, rosa y azul.

Me quedé un rato preguntándome cómo los colores se mantenían separados, sin mezclarse.

Debe ser un tema de densidad.

El amarillo era menos denso.

Más líquido. Más fluido.

El verde no se movía.

Tenía una textura compacta.

El azul no se decidía.

Subía... y volvía a bajar.

Lo moví con el pitillo.

El azul más oscuro, que estaba en el fondo, empezó a subir.

Podría haberme quedado mirándolo por horas. Pero el efecto no duró mucho.

El tono más oscuro volvió al fondo del vaso.

El rosa fue el que más me intrigó. No obedecía a nada.

Parecía gelatina.

Cuando intentaba mezclarlo, se fragmentaba... y de sus pedazos salía una tinta oscura que parecía apropiarse de toda la copa,

como si no quisiera quedarse en su lugar.

Pasaron aproximadamente cuarenta minutos.

El mesero pasó y vio que aún no empezaba a tomarlo.

—¿No te gustó? ¿Está muy fuerte?

—Estaba observando sus colores. Sus densidades.

Me sentí como un ratón de laboratorio.

—Tiene su secreto —dijo, y se rió—. Es coctelería molecular.

Se fue satisfecho, como si llevara tiempo queriendo contarle a alguien el secreto del barman.

Empecé a mezclarlo. Los colores se fueron diluyendo.

Se formó una bebida oscura. Casi negra.

La pecera brillante de cuatro colores ahora parecía más un revoltijo.

Tomé un poco.

Era fuerte.

Quemaba al pasar por mi garganta.

Mi intención no era embriagarme.

Lo pedí por curiosidad, para entender un poco más a Violeta.

Terminé entendiendo más que eso.

.

El restaurante olía a pomelo y a café recién hecho.

La madera de la mesa, rayada en la esquina derecha.

Y el ruido sordo de la gente afuera.

Miré la puerta.

No estaban.

Igual seguí mirando.

Por un momento, todo lo que veía se quedó quieto.

En silencio.

Sentí paz.

Y eso fue más perturbador que el ruido.

Porque no recordaba cuándo había sido la última vez que el silencio no me asustaba.

Probé de nuevo el cóctel.

Miré la puerta.

Allí estaban.

Las cuatro mujeres que me tenían fuera de eje.

Entraron juntas, como en la discoteca.

Tomé un trago largo.

Sentí mi sangre calentarse.

Las volví a mirar.

Y me sorprendió reconocer el momento exacto en el que se iban a separar.

No hubo una señal.

Pero lo supe.

Y así pasó.

Igual.

Como si se repitiera una escena que ya tenían preparada.

Quedé más intrigado que antes.

3

Miraba a una…

Después a la otra…

Como en una especie de bucle.

La risa de Laura.

La seriedad de Martina.

La mirada profunda y analítica de Luna.

La forma en que Violeta ocupaba el aire alrededor de ella.

Risa… rostro… ojos… cuerpo.

Amarillo.

Verde.

Azul.

Rosa.

Una y otra vez.

No sé cuánto tiempo estuve metido en ese bucle.

El cóctel ya estaba por terminarse.

Mi cordura también.

Martina se paró al baño, seria, erguida.

Pero esta vez me pareció actuación.

Pasó cerca de mi mesa y me miró como si me reconociera —con ella no había tenido contacto, ni siquiera una mirada— pero entrecerró los ojos, amenazante. Como una leona que cuida a sus crías.

Se estaba poniendo el sol.

El cielo azul empezaba a teñirse de amarillo y rosa, y el viento soplaba de esa manera en que mueve los árboles en silencio, pero con la intención de tirarlo todo.

Las hojas verdes empezaron a volar.

Sentí el miedo en el pecho.

Desde que tengo memoria, ese viento frío me recuerda que un día voy a morir.

Vi que, una a una, empezaron a salir.

Decidí seguirlas.

Le hice una seña al mesero. Se acercó.

—¿Por qué te vas así?

—Tengo que hacer algo importante. ¿Cuánto te debo?

—Nada, ya pagaste.

Me miró extrañado.

—Cuídate, que la calle está muy sola. —Me dijo

Salí tras ellas.

Se me hacía difícil caminar.

Mis pies parecían saber a dónde iban antes de que yo decidiera seguirlos.

Las casas se movían. Las nubes formaban figuras sobre mí.

Sus pasos parecían ir más lento de lo normal.

Como si el tiempo no avanzara igual para ellas.

Un paso…

Dos pasos…

Movían las piernas lentamente en el aire… y volvían a pisar…

Tres pasos…

Empecé a sentir náuseas.

Cruzaron la calle, tuve que parar un segundo. Vomité.

Entraron a un edificio muy cerca de la discoteca. Me limpié la boca con un pañuelo. Crucé la calle e intenté entrar, pero había una línea que no me lo permitió.

Hoy lo agradezco.

Me quedé sentado en la acera, mirando qué luz del edificio se encendía.

Fue la del cuarto piso.

Por un segundo… solo uno…

sentí algo que no era curiosidad.

Era reconocimiento.

Sentí de nuevo el cóctel subiendo por el esófago hasta hacerme vomitar.

Me recosté contra el separador de peatones.

Minutos después una sombra cerró la cortina.

No sé quién fue.

Pero sentí que ya había visto esa ventana antes.

Desde adentro, y mirando hacia donde yo estaba.

.

4 · Laura

La vi un martes, en una heladería que olía a chocolate y a lluvia reciente.

Fue imposible no reconocerla. No porque intentara llamar la atención — parecía completamente ajena a eso— sino porque todo en ella ocurría al mismo tiempo.

Tenía una libreta abierta en frente, una malteada, un brownie a medio terminar, una chocolatina ya empezada, un lápiz en la boca y una pierna moviéndose con una energía que no coincidía con el resto del lugar.

Sobre la mesa, junto a la chocolatina, había un parlante pequeño.

De esos que caben en cualquier bolsillo y no le piden permiso a nadie para sonar. Lo había puesto ahí sin ceremonias, con el volumen justo: no para compartir, ni para aislarse. Solo para que el sonido existiera cerca.

Esperé escuchar algo que pegara con su energía.

Quizá una música rápida, como el movimiento de su pierna.

Pero no.

El piano llegó despacio a mi oído.

Con esa paciencia que solo tiene la música que no necesita convencer a nadie.

Mozart.

Ella y Mozart, y la pierna inquieta, y las columnas de números que

crecían en su libreta con cada nota musical. Ese día llevaba un short de jean, una blusa amplia sin mangas y una diadema en la cabeza con

orejas de conejo.

En su bolso, medio abierto, desordenado, casi tirado en la mesa, se alcanzaban a ver colores, un cuaderno con dibujos y lo que parecía un llavero colgando por fuera.

No había nada infantil en ella.

Y, al mismo tiempo, todo lo había.

Escribía números.

Rápido. Sin borrar. Sin calcular en voz alta.

Columnas largas, cuentas que no parecían propias de alguien que usa orejas de conejo y llavero de pompón.

Se detenía a mitad de una operación, miraba el techo, mordía el lápiz… y seguía.

Correcto.

Siempre correcto.

En algún momento levantó la mano para llamar al mesero.

El mesero cruzó por mi mesa.

Pasó por encima de mí como si yo no estuviera.

Como si el espacio que yo ocupaba fuera transparente.

—¿Me compras una boleta? —le dijo Laura antes de que él pudiera preguntar qué necesitaba—. Vale diez mil. Llevo ninguna vendida, pero tú me compras una, mi mamá me compra otra, mi papá otra, mi hermana quizá; y tengo una amiga que me compra todo lo que le vendo. Ella me quiere un montón, pero la mamá no la deja juntarse conmigo, entonces nos vemos a escondidas… o sea que igual me compra. O sea que, prácticamente…

Se quedó un momento mirando al techo, haciendo la cuenta.

El mesero la miraba sin saber si irse o quedarse.

—Técnicamente ya llevo como cinco casi vendidas.

El mesero se rió.

—Listo, te compro una.

Laura sonrió, estaba emocionada. Movió las manos varias veces, entrelazando y soltando los dedos. Incluso su felicidad parecía diferente a todo.

Sacó la libreta. Abrió una página nueva y siguió con sus números como si la conversación nunca hubiera pasado.

En algún momento levantó la cabeza y me miró con curiosidad.

—¿También te gustan los números? —preguntó, señalando la libreta.

No esperó respuesta. No creo que le importara.

Volvió a lo suyo.

Laura tenía algo que me desarmaba.

No era solo dulzura.

Era una especie de transparencia sin defensa, de inocencia con la vida.

Como si no supiera todavía que había gente que la podía dañar.

Pasó la página. Más números. Después escribió algo distinto, más rápido.

Arrancó la hoja, la dobló y se la guardó en el bolsillo.

Se levantó para irse y, sin querer, tiró los colores del bolso.

Los recogió rápido, sin pena, riéndose sola.

Vio algo en mi mesa.

—¡Qué cepillo tan hermoso! Tiene espejo. ¿Me puedo mirar?

Se miró. Se acomodó el flequillo con el dedo. Lo dejó exactamente donde estaba.

—¿Dónde lo compraste?

No me dejó responder. Se fue.

Vi que había dejado olvidada una libreta. No por descuido. Por velocidad. Miré la calle del frente. Ya no estaba. La abrí. La acerqué a mi nariz. Me quedé unos segundos oliendo las páginas. No supe por qué lo hice. Tampoco supe por qué ese olor me resultaba familiar. Como si ya lo hubiera sentido antes. Pero no podía recordar dónde.

Reconocí la letra. Curvas cerradas, inclinadas hacia la derecha.

Estaba llena de cuentas e ideas.

“Si vendo 100 boletas a 10.000 cada una, entonces me gano

$1.000.000”

Y abajo, una lista:

“Posibles compradores

Mami.

Papi.

Hermana.

Señora del frente.

Heladero.”

Volteé la libreta para abrir la última página. El subconsciente siempre habla atrás de los cuadernos.

Abajo, casi escondido entre números, tenía escrito:

“Si esto me alcanza, me voy.”

Laura no parecía triste. Eso era lo inquietante. Parecía feliz. Como si la idea de irse no fuera una necesidad, sino un plan que la emocionaba.

Pasé mis dedos por la hoja. Recorrí de nuevo cada letra. Pensé en todas las personas que sonríen así. Con esa ligereza que no lo es.

Si esto me alcanza, me voy. Susurré.

No me pregunté a dónde se quería ir. Me pregunté de qué podría estar huyendo.

.

Cuando levanté la cabeza, la vi de nuevo.

La misma mesa cerca de la ventana. La libreta abierta. El lápiz entre los dedos. La pierna moviéndose con esa energía que no parecía depender de nada externo.

No dudé. Me acerqué. —La dejaste.

Terminó la línea que estaba escribiendo.

—No.

Lo dijo sin darle importancia. Como si simplemente estuviera corrigiendo un dato.

La puse sobre la mesa, en frente de ella.

La miró.

Se quedó unos segundos en silencio, como si no estuviera pensando, sino esperando que algo encajara solo.

—No es mía.

Sus ojos se movieron apenas, siguiendo las líneas de la hoja sin tocarla.

—Pero esa letra sí. Dijo mirándome desconfiada.

Recogió las cosas, las guardó en su bolso y se fue.

5

Volví.

No sé cuánto tiempo después.

El café se había enfriado antes de que me diera cuenta.

La gente a mi alrededor había cambiado dos veces.

Yo seguía en el mismo lugar.

Mirando el mismo vidrio.

.

Mi reflejo estaba ahí.

Pero esa noche… no me estaba mirando igual.

Mis ojos estaban fijos en el edificio, con una certeza que yo no tenía.

Como si ya supieran lo que iba a pasar.

.

Parpadeé. Él también. Pero no al mismo tiempo.

.

Me acerqué un poco más al vidrio.

Quería comprobarlo. Que era un error. La luz. El cansancio.

Pero no.

Había algo distinto.

El reflejo no parecía estar repitiendo lo que yo hacía. Parecía esperando a que yo hiciera algo.

Me pregunté cuánto tiempo llevaba ahí… mirándose sin mí.

Me quedé un rato más. Esperando que volviera a hacerlo.

Mis ojos conocían algo que yo no, y no sabía cómo preguntarles.

No me fui hasta que oscureció.

Y cuando me fui…

Tuve la sensación deque algo mío se quedó.

Algo que se sabía la historia y no me necesitaba para seguir contándola.

6

—¿Lo de siempre?

Asentí.

No recordaba haber pedido algo “de siempre”.

Pero él ya sabía lo que yo quería.

El mesero era detallista. Mas de lo normal.

Recuerdo una tarde que llegué con las manos manchadas de pintura.

Amarilla y azul.

Me miró un segundo.

—Las otras también tenían eso.

Señaló mis dedos sin tocarlos.

—¿Las otras? —pregunté.

El mesero no respondió. Se quedó limpiando el vaso.

Despacio.

Ordenando sus palabras antes de decirlas.

—Se parecen mucho —dijo al fin—. Aunque nunca las he visto juntas. Para compararlas.

El sonido del bar siguió igual.

La gente. La música. Los vasos. Todo en su lugar.

Menos eso.

Sentí algo raro.

No insistí en su pregunta, pero sé que anotó algo.

Lo supe por cómo dobló la servilleta.

Dejó el vaso frente a mí.

Se quedó un segundo más, acomodando algo que ya estaba en su lugar.

Buscando pistas de un crimen que no había cometido.

—Tú cambias —dijo, sin mirarme.

Como si llevara semanas estudiándome a mí mientras yo las estudiaba a ellas.

—Tú observas de más. Le dije.

—Las personas no existen de una sola manera.

Levanté la mirada. Él ya se estaba yendo.

“Tú cambias”.

La frase no se iba. Se movía.

Tratando de encajar en lugares donde antes no había nada.

Esa noche llegué a mi apartamento y encontré el cuaderno abierto en una página que no recordaba haber escrito.

.

Volví al día siguiente.

Y al siguiente.

Y al siguiente.

No siempre a la misma hora, no siempre con la misma ropa. Pero siempre a la misma mesa. Siempre con la misma sensación de que algo iba a pasar.

Y no pasaba.

O sí pasaba y yo no lo estaba viendo.

.

El mesero siempre limpiaba la mesa muy despacio.

Quise preguntarle por qué.

Pero tuve la sensación de que, si lo hacía, la respuesta me iba a sentenciar.

Alzó los ojos un segundo.

—Desde aquí se ve más de lo que la gente cree.

La pausa fue mínima.

Pero estuvo ahí.

—Discúlpeme —dijo en voz baja.

Se fue. No sonó como una disculpa.

Sonó como un error corregido demasiado tarde.

Me quedé mirando las figuras que hacía el café en el fondo de la taza.

.

Me acosté en el sillón para tomar un descanso.

Cuando desperté ya no traía la pijama.

Revisé el celular.

Martes.

Yo recordaba que era domingo.

Dos días sin saber a dónde fueron.

O semanas.

No me atreví a contarlos.

Me quedé sentado un rato.

Mirando la ventana.

Mirando el reflejo.

Esperando algo que no sabía nombrar.

7

El edificio. El mismo de siempre.

Pero esa noche se veía diferente.

La fachada gris, casi negra, como si la pintura hubiera decidido rendirse hace años y el ladrillo hubiera tomado el control. Las ventanas con marcos de madera que alguna vez fueron blancos y, en algunas paredes, grietas que bajaban hasta el andén.

Había algo en la proporción, en la distancia entre el primer piso y el último.

En la forma en que la luz de la calle lo rozaba sin entrar.

Como si el edificio supiera exactamente cuánta luz merecía y hubiera decidido que era poca.

El nombre estaba en la entrada. Metal oxidado, letras ligeramente corridas hacia la izquierda, como puestas con prisa. Olía a moho, a tiempo guardado. No solo la fachada, el aire alrededor. Como esos lugares que llevan demasiado tiempo custodiando cosas que no se pueden mover.

Pensé en irme. Un segundo. Suficiente para saber que no iba a hacerlo, pero no el suficiente para detenerme.

Crucé la calle.

Y cuando mis pies tocaron la otra acera, sentí algo que no había sentido antes.

Saudade.

Como cuando uno vuelve a un lugar que no sabía que anhelaba.

Cuando menos pensé, estaba dentro del ascensor.

Las puertas se cerraron.

No recuerdo en qué momento acepté subir.

Era pequeño, para dos personas.

Quizá tres si ninguna respiraba profundo.

Pero el espacio se multiplicó rápidamente.

Cuatro espejos.

Y yo reflejado en todas las direcciones.

En uno, los ojos mirando sin mirar.

En otro, la mirada tensa.

En el siguiente, miraba hacia abajo.

En el último, directamente al frente.

Parpadeé.

Los cuatro parpadearon.

Pero de nuevo, no lo hicieron al mismo tiempo que yo.

El ascensor subía demasiado lento. Me volví a mirar.

Parecía que alguien los hubiera movido de lugar.

Como si mis pensamientos se hubieran reorganizado mientras yo no miraba.

—No es la primera vez que subes —dijo ella.

La blusa azul. El cabello recogido. La miré.

—¿Qué?

Sonrió.

—No lo es.

Las puertas se abrieron.

Yo sabía que era la primera vez, pero el pasillo me resultaba familiar.

No dudé hacia dónde ir. No lo pensé.

Mi cuerpo ya conocía el camino.

8

Se detuvo frente a la puerta. No dijo el número. No fue necesario.

En ese momento ese detalle era insignificante.

Después lo sería todo.

Sacó las llaves, abrió, entró.

Yo dudé.

Pude haberme ido.

No lo hice.

Entré.

El apartamento parecía normal.

Demasiado.

Como si todo hubiera sido acomodado para parecer vacío.

Sobre la mesa había un cepillo pequeño. Rosa. Con espejo.

Sentí que su reflejo me seguía.

—Siéntate.

Lo hice.

El sofá estaba frío, como si nadie se hubiera sentado ahí en mucho tiempo.

Pero había una marca. En el cojín derecho. La forma exacta de alguien que se sienta siempre en el mismo lugar.

—¿Quieres algo?

—No.

—Siempre dices que no primero.

Sentí un pequeño mareo.

Su confirmación fue como un déjà vu.

Miré el cepillo rosa. El espejo estaba inclinado hacia abajo, como si ahora estuviera evitando mi rostro.

9

Escuché algo.

Un sonido leve.

Pero fuera de lugar.

Venía de adentro.

No dije nada.

Ella tampoco.

Como si no hubiera nada que escuchar.

El sonido volvió.

Más claro.

Como algo que se mueve y se detiene justo antes de ser descubierto.

Desvié la mirada hacia el pasillo.

Oscuro. Quieto.

Demasiado quieto.

Volví a mirarla.

Seguía igual.

Tranquila.

El sonido otra vez.

Más cerca.

Esta vez no miré.

No podía. Si miraba, lo confirmaba.

Y si lo confirmaba, cambiaba todo.

El sonido volvió. No lo pensé. Me levanté.

Di un paso hacia el pasillo.

Otro.

La puerta estaba entreabierta.

Había una línea de oscuridad entre la madera y el marco.

Levanté la mano.

—Todavía no.

Me detuve. No había alzado la voz.

Ni siquiera se había movido.

Pero lo dijo como si estuviera justo detrás de mí.

Volteé.

Seguía sentada.

En calma.

—¿Qué hay ahí?

No respondió de inmediato. Me miró de esa manera. La que no pregunta.

La que lo sabe todo.

—Cosas que todavía no puedes ver.

—¿Por qué?

—Porque no estás listo.

—¿Listo para qué?

Se levantó.

Caminó hacia la cocina sin apresurarse.

Como si mi pregunta no mereciera urgencia.

—Para ver lo que aún no sabes que sabes.

No supe qué significaba y por eso no insistí.

El sonido se detuvo. Me volví a sentar.

De nuevo el espejo del cepillo miraba hacia mí.

Sentí que ese apartamento llevaba esperándome mucho tiempo.

La luz del pasillo se hizo más fría. La puerta, más abierta.

Y yo, inmóvil, con la certeza de que al otro lado de esa puerta había algo que iba a cambiarlo todo.

Pero no esa noche.

El momento se estaba empezando a preparar.

—¿Tiene hambre? —preguntó desde la cocina.

—No. —Siempre dices que no.

Esta vez no sonó como una observación.

Sonó como si me conociera de antes.

De mucho antes.

Me levanté sin decir nada.

Miré el pasillo una última vez.

La oscuridad al otro lado de la puerta.

Quieta.

Esperándome.

—Buenas noches —dije.

No sé si respondió, pero no la escuché.

Salí sin mirar atrás.

Mirar atrás significaba quedarme.

Y aún no era el momento.

10 · Violeta

A Violeta no se la veía.

Se la sentía antes de encontrarla.

Esa noche estaba en la barra. El aire alrededor de ella tenía una temperatura distinta. Como si su cuerpo generara su propio clima.

El vestido negro no dejaba espacio para interpretaciones.

Sonreía.

Se tocaba el cabello.

Sostenía la mirada.

Elegía.

Todo en ella era calculado.

Sus pupilas, siempre dilatadas, como si cada imagen le llegara con demasiada intensidad. Los extremos le quedaban mejor que los matices. Si alguien le gustaba, le gustaba demasiado. Si algo la molestaba, no había punto medio.

Lo que en otros era emoción, en ella era intensidad.

Pidió otro trago sin haber terminado la pecera.

No lo necesitaba. ¿O sí? La vi hablando con dos hombres. No les pude ver el rostro.

Parecían difuminarse en la oscuridad de la discoteca.

Se acercaba a uno, ignoraba al otro, volvía, sonreía, desaparecía emocionalmente por segundos y regresaba como si nada hubiera pasado.

En ella no había escalas pequeñas.

Hubo un momento en el que su sonrisa se borró.

Sus ojos se volvieron afilados. No supe qué pasó, Pensé que se iba a ir.

Pero solo hubo silencio.

Se mordió los labios, intentando contenerse.

Respiró profundo.

Se tomó un shot de tequila.

Tomó el limón que tenía en el plato de cristal frente a ella, le puso sal, miró a uno de los hombres y lo lamió.

Un segundo después ya estaba riéndose otra vez.

Como si no hubiera pasado nada.

Pero sí había pasado.

El clima había cambiado en ella. La pecera cambió de pitillo varias veces.

Eran esos pitillos de cartón que se deshacen con el tiempo.

Cada tanto lo reemplazaba.

Había algo voraz en la forma en que habitaba la noche. Como si nada alcanzara del todo. Todo tenía que ser más.

Más intenso.

Más rápido.

Más ahora.

Y nunca suficiente.

La vi quedarse sola un momento, mirando la enorme copa.

No estaba solo Violeta.

Y ella lo sabía.

Lo mezcló rápidamente, evitando que se separaran sus colores.

La nostalgia en sus ojos duró poco.

Volvió.

Siempre volvía.

Más imponente.

Más alta.

Más Violeta.

.

Cuando nadie la miraba, volvió a la pecera.

Los colores mezclados.

Todo ese orden, ahora irreconocible.

La miró un momento más. Se había terminado.

Pero no pidió otra.

El alcohol no estaba surtiéndo efecto.

11

No era la primera vez que estaba en el 415.

Pero esa noche se sentía diferente.

Violeta salió de la habitación en silencio.

Sin nada debajo de la camiseta.

Con esa serenidad de quien no le debe explicaciones a nadie.

Se sirvió agua en la cocina. Me miró sutil.

—No me digas que nunca has visto esto.

No respondí.

Dio un paso hacia mí.

—Ni que nunca lo has tocado.

Estaba lo suficientemente cerca para que yo sintiera el calor de su cuerpo.

No me aparté.

Sonrió.

Con la certeza de que me incomodaba.

Se dio la vuelta y se fue a su habitación sin esperar respuesta.

Como si la pregunta no necesitara una.

No supe qué me incomodaba más. Si que lo hubiera dicho.

O que tuviera razón.

Me quedé dormido en el sofá.

.

Eran las 4:15 a. m. cuando me vi en mi apartamento.

No sé cómo llegué.

Dejé las luces apagadas.

Me senté en el suelo, con la espalda contra la cama.

Abrí el cuaderno sin pensar en lo que iba a escribir.

Solo escribí.

Lo que había pasado, cada detalle: la camiseta, la forma en que se dio la vuelta.

Escribí durante un rato largo.

No sé cuánto.

A veces el tiempo no se comporta igual.

Se comprime o se estira, dependiendo de cuánto necesites que dure.

Cerré el cuaderno.

No quería leer lo que había escrito. Lo puse debajo de la cama.

Pensando que la distancia física ayudaría.

Cuando me levanté, sentí el aire helado.

Era el viento del amanecer. El cuaderno estaba sobre la mesa.

Tibio.

Abierto en la última página.

12

Sentí que debía arrancar las hojas.

No estaban a salvo.

Lo que sale de la mente para convertirse en palabra nunca está a salvo.

Me recuerda a mis diarios.

Mi mamá y Violeta tenían algo en común: la forma en que aparecían en mis pensamientos sin pedir permiso.

Mi mamá no conocía los límites.

Abría mis diarios con la misma naturalidad con la que abría la puerta del baño.

Leía mis miedos, mis secretos, mis historias.

Preguntas que no tenían respuesta.

Sentir que alguien camina por tus pensamientos sin limpiarse los zapatos es como tener visita siempre, pero nunca tener invitados.

Incluso en el baño. Mi único lugar seguro.

Donde me metía a llorar.

El sonido siempre llegaba. Una correa metálica forzando la chapa.

Mi hermana y ella entraban, ignorando mi necesidad más básica: tener privacidad. Hoy, en mi casa, todavía siento que, si cierro la puerta del todo, alguien va a querer tirarla abajo.

13

Luna me mira.

No es una mirada curiosa: es una inspección. Sus ojos recorren mi cara como si mis párpados fueran de cristal y pudiera ver lo que hay detrás, en ese fondo turbio donde guardo las cosas que ni yo mismo me atrevo a tocar.

Cuando Luna me sostiene la mirada, siento frío.

Frustración.

La misma sensación de no tener paredes.

De que el “yo” que tanto me ha costado construir es un diario abierto que se puede leer sin permiso.

—¿Qué ves? —le pregunté.

Mi voz sonó pequeña.

Ella no respondió.

Solo siguió leyendo mis grietas, estudiando una falla en una estructura que tarde o temprano iba a terminar cediendo.

Me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Solté el aire de golpe.

Hacía tanto frío que me ahogué.

Luna me miró sin entender la causa.

El pecho se me cerró.

Ella empezó a contar los segundos con los dedos, casi sin moverse.

—Si sigues así, en uno o dos minutos vas a perder el conocimiento.

La tos empeoró. Ya no podía tomar aire.

—Entre los tres y cinco minutos empieza la muerte cerebral por falta de oxígeno.

Me doblé hacia adelante.

El cuerpo lo hizo solo, sin que yo decidiera nada.

Un golpe seco contra el pecho.

Otro.

Como si algo adentro supiera lo que tenía que hacer, aunque yo no estuviera.

Recuperé el aire de a poco.

Me senté en la acera.

Exhausto.

Luna me miró.

—Pensé que iba a presenciar mi primera muerte.

Lo dijo casi decepcionada.

Me miró con lástima.

Ahora sé de qué.

Cerré los ojos para descansar.

Cuando los abrí, Luna había desaparecido.

14

El mesero llegó sin que yo lo llamara.

—Estás distinto esta noche.

Lo miré con extrañeza. Se quedó pensando.

Buscando las palabras correctas para decir algo que no tenía palabras correctas.

—Como si hoy fueras otro.

Se fue antes de que yo respondiera.

.

Pedí la cuenta más temprano de lo habitual.

Cuando salí, no recordaba haber terminado la botella de agua.

Pero estaba vacía.

En mi mano.

15

El mundo exterior tiene una forma muy agresiva de recordarte que existes.

No sé cuánto tiempo llevaba en el apartamento cuando tocaron la puerta. Me quedé quieto en el centro de la sala.

Cuando llaman a la puerta sin aviso siento que mi corazón baja al estómago.

Miré al rincón donde Luna suele sentarse, con las piernas cruzadas, analizando el polvo en la luz.

Pero ella no dijo nada.

Eso me inquietó.

Abrí apenas una rendija.

Era el vecino del 412. Un hombre de unos cincuenta años que olía a cigarrillo.

Siempre parecía estar buscando una razón para meterse en lo que no le importa.

—¿Está todo bien aquí? —preguntó, intentando mirar por encima de mi hombro hacia el interior del apartamento.

Sus ojos se posaron en mi muñeca un segundo. Frunció el ceño.

Como si reconociera algo que había visto antes. En otro lugar. En otra persona.

Metí la mano dentro de la manga del buzo.

—¿Todo está bien?

—Sí. ¿Por qué no lo estaría?

Mi voz sonó como si no la usara en una década.

—Escuché una discusión.

Hizo una pausa. Entrecerró los ojos.

Su tono era de preocupación y sospecha. Cómo si el 415 ocultara algo turbio.

No se equivocó.

—No pasa nada aquí —dije, y cerré la puerta antes de que pudiera responder.

Me apoyé contra la madera, con el corazón a mil.

“Una discusión.”

Luna apareció a mi lado.

Su boca se abrió para decir lo que yo no quería escuchar:

—Estamos llamando la atención. Es mejor hacernos invisibles.

La miré.

—¿Hacernos?

No respondió.

Pero tampoco negó que la pregunta tuviera sentido.

16

Se escuchó algo en el pasillo.

Pasos.

Rápidos.

Laura apareció en el salón.

—Nos vamos.

—¿A dónde?

—Afuera.

No esperó respuesta. Ya estaba en la puerta. La seguí porque no supe qué más hacer.

En el pasillo del segundo piso estaba Violeta.

Sentada en el suelo.

Laura pasó a su lado y desapareció rápidamente entre las escaleras.

Me detuve.

Olía a perfume mezclado. Algo que intentaba cubrir y no podía.

Tenía puesto un vestido negro de licra y unos tacones peep toe. El labial corrido. El cabello enredado.

No era la Violeta de la barra: era otra mujer.

Tenía los codos sobre las rodillas y miraba el suelo con una tristeza que no tenía objeto.

—¿Estás bien?

No respondió de inmediato.

Cuando lo hizo, no me miró.

—Todas las noches dejaba que palpara mi portada —dijo—. Lo dejaba recorrerme, analizarme, indagar en mí sin egoísmo.

Suspiró.

—Pero cuando al fin se desgastaron las hojas de tanto tocarlas, lo abrió por la mitad con insolencia y dijo: “esto ya lo leí. Esto es un libro viejo.”

Hubo silencio.

No supe si recitaba una poesía o ponía en palabras lo que sentía.

—Siempre lo mismo —añadió—. Te miran. Te desean. Te consumen.

Y cuando ya no queda nada, te devuelven a ti misma y se van a buscar otras historias que leer.

No supe qué decir.

Pero lo sentí todo.

Se quedó ahí, en el suelo del pasillo, con su cartera negra y el peso de ser exactamente lo que todos quieren, pero nadie se queda a sostener.

Antes de bajar, la miré una vez más.

No me miró.

La dejé porque Laura estaba abajo esperando.

En ese momento no entendí,

que las dejé a las dos esa noche.

17

Cuando volví a mi apartamento, había un vaso sobre la mesa.

Con agua.

Con hielo.

El hielo no se había derretido del todo.

Me quedé mirándolo.

Calculé.

Quince minutos.

Veinte, máximo.

Eso tarda el hielo en derretirse a temperatura ambiente.

Es termodinámica.

No había nadie en mi apartamento, pero revisé el espejo del baño.

Había vapor.

Como si alguien se hubiera bañado.

Llevaba horas fuera.

Lo revisé todo. El vaso seguía ahí, frío, esperando.

Lo lavé. No volví a usarlo.

Lo guardé en el fondo de un cajón de la cocina.

Esa noche no dormí.

No por miedo a que hubiera alguien.

Sino por miedo a que solo estuviera yo.

18

—¿Vives aquí? —pregunté.

—A veces.

—¿Con quiénes?

Se acercó.

Demasiado cerca.

—Depende.

—¿De qué?

Levantó los hombros.

—De quién esté preguntando.

Su voz bajó un poco.

—Y de quién esté respondiendo.

Bajó la mano despacio hasta la mía.

No la tomó.

Solo la rozó.

Con los dedos abiertos.

Como si fuera a entrelazarlos y hubiera decidido no hacerlo todavía.

Laura se movía alrededor de todos sin tocar a nadie de verdad. Luna mantenía una distancia calculada. Martina ordenaba el mundo a su alrededor, pero nunca el cuerpo de otro.

Solo Violeta me tocaba.

Y lo hacía como si ya supiera el final.

"*Te miran.*

Te desean."

La frase me atravesó.

"...y cuando ya no queda nada..."

Tragué saliva.

Estaba demasiado cerca.

"*...se van.*"

Me costaba ubicar quién era.

No sabía si estaba frente a la que pedía otro trago o a la que lloraba en el suelo diciendo que ya la habían leído.

No recuerdo en qué momento decidí irme.

Solo recuerdo estar en la puerta.

Solo.

La voz de Violeta volvió sin permiso.

"*...cuando ya no queda nada...*"

Cerré los ojos.

—Se van.

Bajé las escaleras.

No quise usar el ascensor.

Esa noche soñé con ella.

O soñé desde ella.

No supe la diferencia hasta despertar.

19

Miré por la ventana.

No sé cuánto tiempo pasó. El atardecer seguía ahí.

Pero el sol no se escondía.

Subía.

Había pasado otra vez.

Tenía hambre.

Como si no hubiera comido en horas.

Como si alguien más hubiera comido por mí.

20

Ese día fui al restaurante.

Y el siguiente.

Y el siguiente.

Durante semanas.

Al principio contaba los días.

Después dejó de importarme.

No hubo un inicio claro.

Solo continuidad.

El restaurante bajo la discoteca ya no se sentía ajeno.

Las mesas, las luces, el ruido… todo estaba en su sitio.

Menos yo.

Siempre me han gustado las rutinas.

Me sentaba y pedía lo mismo.

Café amargo. Brownie con helado de vainilla.

Miraba la entrada. La ventana del 415. Anotaba.

.

Fui al baño.

Cuando volví, mi agenda estaba abierta.

El café ya no humeaba y el helado se había derretido.

Martes.

No recordaba haberlo escrito.

Pasé la página.

Martes.

Otra vez.

Pasé más rápido.

Martes.

415.

Martes.

415.

Martes.

Me detuve. El número no aparecía como recuerdo.

Estaba ahí.

Escrito varias veces.

La letra era mía.

Pasé más páginas.

Había otra letra.

Más pequeña.

Inclinada hacia el otro lado.

No era mía.

O era mía de una forma que no reconocía todavía.

Revisé el celular.

Martes.

Revisé otra vez.

Martes.

Todos esos martes.

Había estado allí.

Cerré la agenda.

La volví a abrir.

El orden de las páginas ya no coincidía con el anterior.

Martes.

Martes.

Martes.

415.

415.

415.

El número ocupaba más espacio del que debería. No estaba creciendo.

Era el resto de la página lo que desaparecía.

Levanté la mirada.

El mesero me observaba.

Apartó la mirada un segundo después.

El café seguía ahí.

Estaba a punto de terminarse.

Y yo no lo había probado.

Respiré más rápido.

Ya no estaba seguro de quién era.

De lo que estaba ocurriendo.

El 415 seguía en la página.

No como número.

Como presencia.

Me quedé mirando mis manos. Una mancha rosa en el dedo índice.

No había tocado la hoja.

Pasé los dedos por la tinta: estaba humeda.

La observé un rato.

Sin moverme.

No podía hacerlo. El mesero volvió a pasar. No dijo nada.

Solo limpió la mesa.

Como si ya supiera que no debía interrumpir.

Me limpié la tinta rosa con la servilleta y guardé la agenda.

Pero no la cerré del todo.

Sentí que algo seguía abierto.

Y no estaba en el papel.

21

Esa noche decidí salir a caminar.

La vi afuera.

Luna.

Estaba parada frente a la ventana.

Mirando hacia adentro.

No se movía.

Como si el frío no le llegara.

Di un paso.

—Sabía que estarías aquí —dijo, sin mirarme.

—¿Cómo?

—Porque tú me lo dijiste.

Sus ojos no eran como los de las otras.

Había algo en ellos que permanecía inmóvil.

Como si estuvieran anclados a otra capa de realidad.

—¿Por qué siempre estás aquí?

Hizo una pausa.

—Incluso cuando no estás.

El aire entre los dos se quedó quieto.

Miré el vidrio.

Los dos juntos en el mismo cristal.

—Hay personas que ocupan un lugar antes de llegar. Y cuando llegan, no saben si son ellas o la persona que dejó el espacio.

No entendí lo que quiso decirme. Se fue sin apresurarse.

Como si ya hubiera dicho todo lo que tenía por decir.

Me quedé solo frente al vidrio. El edificio detrás. La cuarta ventana.

Y por primera vez no supe si el del reflejo era yo

o la persona que dejó el espacio.

22 · Luna

La vi en un parque, sentada en el suelo, con un buzo ancho que le cubría las manos y parte de la cara, como si el mundo fuera demasiado para estar descubierta.

Llevaba audífonos.

Grandes, azules, decorados con dibujos de pingüinos.

No hablaba con nadie.

Tampoco parecía estar evitando a la gente.

Me senté cerca pero no lo suficiente para incomodarla.

Tenía el libro abierto, pero no leía de corrido. Color azul claro, letras en negro. En la portada, sobre un barco de papel, una mujer de cabello rojo y un gato café. Tenía las esquinas dobladas y las páginas subrayadas, como si el libro fuera también su diario. Su compañía.

Se quedaba detenida en fragmentos largos. A veces cerraba los ojos unos segundos, como si intentara sostener en su memoria algo que acababa de entender.

Había ruido alrededor — gente, perros, niños — pero los audífonos y la capucha del buzo la blindaban contra el mundo.

Sus dedos se movían dentro de las mangas, repitiendo el mismo gesto, como si ese pequeño ritmo la mantuviera en el presente.

Se ponía el marcador en el labio.

Miraba al cielo.

Olía las hojas.

Las tocaba con suavidad.

Como si eso le diera paz.

Había un gato negro rondando por el parque. Se acercó sin que ella lo llamara. Luna apoyó la mano sobre su lomo y se detuvo un segundo.

—Qué suavecito eres. ¿Qué haces por aquí solo?

El gato se sentó y se quedó mirándola con sus enormes ojos azules.

—¿Tampoco tienes amigos?

Le pasó la mano por la cabeza bajando lentamente hacia la cola. El gato dio una vuelta sobre sí mismo y empezó a frotarla con las mejillas, casi metiéndose dentro de su ropa. Cuando no pudo más, se rindió ante ella y se tacostó hacia un lado, mostrándole la barriga.

—Pero qué pancita tan hermosa. Te voy a poner un nombre.

El gato se quedó inmóvil. Luna se acostó a su lado, mirando al cielo.

—Quizá puedo ponerte el nombre de una constelación. ¿Te gusta Pegaso?

Sacó una galleta del bolsillo central del buzo. La miró, mordió los bordes, hizo una pausa y se comió el centro mientras cerraba los ojos. Casi como si fuera un ritual.

De pronto un balón rebotó sobre sus piernas y unos niños gritaron cerca.

El gato salió corriendo.

Luna se sentó asustada, tensa.

Sus dedos empezaron a moverse más rápido dentro de la manga del hoodie.

Subió el volumen de los audífonos y empezó a contar en voz alta.

1, 2, 3, 4, 5

5, 4, 3, 2, 1

Cada vez que contaba, cerraba uno de los dedos tocando la palma de su mano, hasta llegar al cinco.

Se levantó y miró a su alrededor buscando a Pegaso, pero este se había ido. Revisó dos veces el bolso de plástico transparente con bordes color arco iris.

— marcadores, termo, libro azul de papel, galletas — todo en su lugar.

En sus ojos vi la frustración, la resignación de tener que irse, como si ningún lugar exterior estuviera hecho para ella.

Me quedé con la sensación de haber visto cosas que no debían ser observadas.

No porque fueran poco comunes.

Sino porque eran demasiado perfectas para esta realidad.

23

—Te gusta mirar antes de hablar —dijo.

Caminamos un rato sin dirección. Ella lo hacía con demasiada tranquilidad, y yo sentía cómo cada paso retumbaba en mi cabeza.

Empecé a sentirme mareado.

Saqué una galleta de mi bolsillo.

El chocolate me bajaba la ansiedad.

—¿Por qué me sigues? —preguntó Luna de repente.

—No te sigo.

Se detuvo. Yo también, conteniendo la respiración. Me miró de frente.

Hizo una pausa, como si el silencio fuera más pesado que sus palabras.

—A nosotras. Te he visto. Siempre estás. ¿Qué buscas, Daniel?

La miré como si la pregunta no fuera mía.

.

Una tarde encontré una de sus libretas en la mesa, abierta. Listas por todas partes.

Cosas que me hacen feliz: leer, dibujar, escribir, pintar.

Me pregunté cuántas veces al día necesitaba alguien recordarse que el mundo no está hecho para sí. Cuántas veces el ruido había sido tan grande que solo las listas lograban reducirlo.

.

Dejé la libreta exactamente como estaba.

Hay formas de existir tan frágiles que no se deberían tocar.

24

Aunque no me mirara, siempre sabía exactamente dónde estaba yo.

Eso era lo que me intrigaba de Luna.

No necesitaba mirarte para verte.

—Hay personas que no ocupan poco espacio —dije—. Pareciera que tú no quisieras ni ocupar tu cuerpo.

Se detuvo e hizo un gesto mínimo con la boca.

—Yo ocupo lo necesario —dijo, mirando a la nada.

Ajustó la manga, cubriéndose más las manos.

—El espacio dentro de mí es infinito.

Abrí la boca para decir algo.

No salió nada.

—Dime algo —dijo en voz baja—. ¿Con cuál de nosotras te identificas cuando nadie está mirando?

Se pasó los dedos por el cabello.

—No lo sé —respondí sin entender del todo la pregunta.

Luna caminó dos pasos.

—Tú lo sabes. Solo que todavía no lo has dicho en voz alta.

Esa noche, cuando llegué al apartamento, busqué mi nombre en el cuaderno.

Estaba escrito 41 veces.

En 5 caligrafías diferentes.

Pero no sabía con cuál de todas me identificaba.

25

Siempre he sentido que estoy solo, que no me identifico con nadie.

Recuerdo la finca, la familia de mi padre. Tan ajena a mí, tan diferente.

Una tarde estábamos en el comedor. Mi padre llamó a la empleada frente a todos.

—Tráele un pedazo de carne grande —dijo, alzando la voz—.

Es que ella en la casa de la mamá no come carne.

La mirada de mis hermanos me fue haciendo pequeño.

Tengo ese momento intacto en mi cabeza: el mantel azul de plástico, las sillas de cuero color café.

Mis mejillas se pusieron rojas. La cara caliente. Agaché la cabeza intentando esconder lo que sentía, porque incluso sentir vergüenza me hacía sentir culpable.

Quería hundirme en la silla y aparecer al lado de mi mamá.

Me quedé mirando la mesa, tratando de procesar tal nivel de degradación.

Cuando llegó la empleada con mi plato, no pude levantar la mirada. Mis ojos se sumergieron en las fibras gruesas de la carne y me sentí obligado a comerla mientras todos me observaban con lástima.

La humillación tiene un sabor metálico.

Igual que la sangre de la carne cruda.

26

Volvimos al apartamento.

Al 415.

Pero esta vez no estaba solo.

Martina estaba en la cocina cortando zanahorias. No me miró al entrar, como si mi presencia solo fuera un dato más en su lista.

—Llegas tarde —dijo.

—No sabía que tenía hora —respondí.

—Siempre hay una hora. Solo que a veces la olvidas.

Recogió el cuchillo y siguió cortando.

Martina cortaba con una precisión que no era frialdad. Era miedo: el miedo de que, si un solo movimiento era impreciso, iba a desatarse una tragedia.

Yo lo sabía, pero no sabía cómo decírselo. Ni para qué. Y ella no habría querido escucharlo.

—Violeta ocupa todo el espacio cuando se lo das —dijo—. No se lo des.

—No sé a qué te refieres.

—Debes mantener el orden. Aunque todo ya esté desordenado.

Martina dice que en toda familia hay un orden. Que cada quien ocupa un lugar dentro del clan. Y que cuando alguien no llega, un hijo, un hermano, alguien que se fue antes de tiempo, ese lugar no desaparece. Queda vacío. Y el siguiente que nace lo siente. No como recuerdo. Como un peso.

—Hay personas que viven vidas prestadas —dijo—, que ocupan el lugar de alguien que no pudo estar, que cargan una identidad heredada que no eligieron, pero que igual alguien tiene que cargar.

Hizo una pausa.

El cuchillo siguió cortando.

—Cuanto más complejo es un sistema, más ordenado debe ser.

No dijo más. No era necesario.

27

Laura tenía el libro de Luna en sus manos.

Leía en voz alta:

—¿Y si las cosas que nos hacen raras fueran a la vez las que nos hacen más mágicas?

—¡Las cosas que nos hacen raras son las más mágicas!

Escribió algo mientras cantaba.

—Sooooy maaaagicaaaa —repitió más lento la segunda vez, como si estuviera jugando con la frase.

Rodeó la página con dibujos y le puso color a las letras.

—Lunitaaa, ya sé por qué nadie me entiende. ¡Porque soy maaaagica!

—Lo eres.

Luna tomó el libro con más cuidado de lo habitual.

Protegiéndolo.

—¿Por qué siempre tienes ese libro? —preguntó Laura.

Luna la miró.

—Porque me hace bien.

—¿Y quién te lo dio? Parece escrito para nosotras, ¿cierto?

¿Tiene cosas para nosotras?

—Tiene cosas para cualquiera que lo necesite.

—¿Yo puedo tener el mío? —Laura ya estaba de pie—. ¿Me lo compras? ¿Me lo regalas por mi cumpleaños? Solo faltan 8 meses. Yo también quiero que me haga bien.

—Laura…

—¿Me lo compras? Porfiiis, di que siii. Quiero el libro azul de papel.

—El libro azul de papel —

—El libro azul de papel —

Salió corriendo hacia la habitación, como si llevar el nombre en la boca ya fuera suficiente para hacerlo suyo.

Luna la siguió con la mirada. Y por primera vez en mucho tiempo, algo en su cara se pareció a una sonrisa.

28

No pedí permiso.

Solo me fui, sintiendo el peso de las miradas de su familia, los comentarios en la mesa, el "qué pesar" dicho sin levantar la voz. Como si corregir a alguien en voz baja lo hiciera menos cruel.

Ahí aprendí que ocupar poco espacio te hace la presa perfecta para los demás.

Intenté cambiarlo durante años, hasta que dejé de saber cuánto espacio era el correcto y empecé a ocuparlo todo de manera diferente.

Sin orden.

Sin control.

Y el enojo que sentía no tenía un nombre todavía.

Pero estaba ahí.

Esperando.

Me encerré en el baño de la finca y fui directo al espejo.

Necesitaba pruebas.

Me miré los ojos, tratando de encontrar un rastro de mí mismo que no le perteneciera a mi mamá.

—Ella no come carne —repetí en un susurro.

El eco de la palabra "ella" se quedó vibrando en los azulejos.

Mi padre no se había equivocado.

No fue un error de lenguaje. Fue un acto de borrado.

Para él, mi cuerpo era solo un envase donde guardaba el odio que sentía hacia mi mamá.

No me veía a mí, la veía a ella.

Si ella no comía, yo no comía. Si yo sufría, ella sufría.

Yo era el medio para hacerla sentir mal.

Me mojé la cara con agua fría.

El espejo de la finca era claro y nítido.

Demasiado nítido.

Vi una grieta.

No en el vidrio.

En el reflejo.

Como si lo que había adentro hubiera decidido revelar su estructura.

Salí del baño antes de que la imagen terminara de resquebrajarse.

Afuera, la risa de mi padre seguía sonando.

Yo intentaba recordar cómo se sentía tener un nombre que no estuviera precedido de una ofensa.

Algún día me voy a cambiar el nombre.

.

Hay preguntas que el cuerpo hace antes que la boca.

Yo las escucho demasiado tarde.

Esa noche estábamos en la cocina.

Martina preparaba algo.

Movimientos precisos, limpios, casi mecánicos.

—¿Por qué son cuatro? —pregunté, sin pensar.

Se detuvo. El cuchillo quedó a medio camino.

—Porque tres no son suficientes. Y seis son demasiadas.

No fue una broma. Lo dijo como quien explica una ley física.

—¿Y la quinta?

El silencio que siguió fue distinto.

—Ella no se escucha.

Se habita.

29 · Martina

La vi en una librería pequeña, sentada en un puff color verde. Estaba escribiendo en una agenda rosa de unicornios. Anotaba títulos, comparaba, volvía a escribir. No había duda en sus movimientos. Pero sí había revisión. Nada se quedaba sin verificar.

Era seria. No solo en la forma de mirar, sino en la forma de estar en el mundo. Como si no tuviera tiempo para lo que no fuera necesario.

Se paró y fue directo a una sección: física cuántica. Se detuvo frente a los estantes y leyó los lomos uno por uno, como si no estuviera buscando un libro sino la sensación de no estar equivocada.

Tomó uno. Lo abrió, lo olió, cerró los ojos un segundo.

No era un gesto. Era una comprobación. Lo devolvió. Tomó otro. Repitió.

Su pie se movía contra el piso a un ritmo constante, casi imperceptible. Los dedos de su mano libre rozaban la superficie de los estantes. Me di cuenta de que no confiaba del todo en una sola forma de decidir. Necesitaba que todo coincidiera: lo que veía, lo que pensaba, lo que olía, lo que sentía en su cuerpo. Solo entonces avanzaba.

Compró tres libros. Grandes. Los sostuvo con las dos manos un segundo antes de entregarlos, verificando por última vez que estaba comprando los correctos.

Fue a la caja registradora.

Sonrió.

Fue breve. Pero cambió todo.

Fue otra persona por un segundo, como si esa versión suya no estuviera disponible para cualquiera.

La cajera le devolvió la sonrisa.

Ella ya había vuelto a ser seria.

Acomodó los libros en la bolsa con cuidado.

Alineó los bordes. Ajustó las esquinas.

Volvió a abrir la bolsa. Revisó. Cerró. Suspiró.

Antes de salir, revisó la agenda otra vez. Pasó el dedo por cada línea hasta detenerse, en una palabra, mientras su pie seguía marcando el mismo ritmo contra el suelo.

Guardó la agenda y miró el puff. No estaba mal, pero aun así lo acomodó unos centímetros, alineándolo con la baldosa.

Salió sin mirar atrás. No parecía tener prisa, pero tampoco descanso. Sus hombros se veían tensos, la espalda rígida.

Sostenía la bolsa por la agarradera, con una sola mano, aunque pesara, aunque le marcara los dedos.

No cambió de mano. No la ajustó. No alivió el peso.

Como si soltarlo un segundo la hiciera débil.

Aunque yo sabía que Martina no era solo hielo.

Su agenda rosa de unicornio, sus dedos rozando los estantes, el suspiro justo antes de cerrar la bolsa.

.

No era el puff.

Ni los libros.

Ni la agenda.

Era el esfuerzo constante de mantenerse fría.

De endurecerse como hielo para que la presión no la fracturara.

30

El sonido de la pólvora siempre llega con tristeza.

La Navidad me provoca una mezcla de sentimientos que no deberían poder coexistir: nostalgia por lo que no fue, alegría porque puedo compartir con quienes amo, y tristeza, porque pienso que algún día no van a estar más y voy a tener que escuchar el sonido de la pólvora solo.

.

La finca olía a pino y a lomo de cerdo ahumado.

Las luces de colores parpadeaban afuera.

Adentro, todo era orden y silencio.

El tipo de silencio que no es paz.

Que es advertencia.

Mis hermanos estaban rodeados de cajas, de colores, de ese ruido frenético de felicidad.

Yo me acerqué a uno de sus juguetes.

Fue curiosidad pura.

La necesidad de entender cómo funcionaba un mecanismo que yo no conocía.

Le pregunté algo a mi hermano mientras lo tomaba. El silencio que siguió fue el de una tormenta rompiendo el techo.

—Envidiosa —gritó mi padre.

La palabra me golpeó como si fuera un golpe físico.

—Siempre quiere lo que tienen los demás. Usted es igualita a su mamá.

Él no me miraba a mí, al niño que quería tocar un juguete. Miraba a través de mí, proyectando en mi cara la imagen de la "adulta mala" que él creía que ella era.

Me fui corriendo al centro del pasillo.

Allí había una silla y un teléfono sobre una mesa de madera oscura. Me senté temblando y llamé a mi mamá mientras lloraba.

No entendía por qué cada año me obligaba a estar donde no me querían.

—Allá está poniendo quejas. ¡Desagradecida! —añadió—.

Igualita a ella.

.

Cierro los ojos y todavía puedo ver el árbol de Navidad, brillante y alto.

Recordándome que hay momentos que están hechos solo para que algunos miremos desde el frío, con las manos vacías y el corazón lleno de una culpa que no nos pertenece.

31

—A veces siento que no estoy completa —dijo Martina.

—¿Cómo?

—Como si fuera un rompecabezas al que le faltan piezas.

La miré en silencio.

—Pero las piezas que faltan no están perdidas.

—¿Dónde están entonces?

—En los otros rompecabezas.

Salí del edificio.

Eran las 4:15 de la mañana.

No me di cuenta de todo el tiempo que había pasado adentro.

Caminé por la calle vacía.

Sentía que alguien me seguía, pero no había nadie.

Era una sensación extraña.

Como si mi propia sombra me hubiera dejado solo.

Me detuve frente a una vitrina. Me miré, pero no me reconocí.

Creí verla a media cuadra. La misma postura de Luna: los hombros hacia adentro y el paso lento de quien no tiene prisa porque el destino no importa tanto como el recorrido.

La seguí.

Dos cuadras.

Tres.

Hasta que dobló una esquina y se detuvo frente a una casa. Se giró para buscar las llaves en el bolso. Levantó la vista. Me miró un segundo.

—Qué hora para andar solas —dijo, mientras abría la puerta.

Desapareció adentro.

No era Luna.

Pero sabía que no la había imaginado.

32

Hay cosas que uno no pregunta porque sabe que la respuesta va a transformar algo.

Mi mamá me dijo una vez que había pensado en el nombre Daniel antes de que yo naciera.

Lo dijo con esa ligereza de quien cuenta algo viejo.

Algo resuelto.

Algo que ya no lastima.

Pero a mí me quedó dando vueltas.

La certeza con la que lo dijo.

Como si Daniel ya existiera antes de que yo llegara.

Como si yo hubiera llegado a ocupar el lugar equivocado.

.

Hubo una tarde en que mi mamá se quedó callada mirando un busito de lana.

Azul.

Pequeño.

De bebé.

Le pregunté qué era.

Me dijo que alguna vez lo había tejido para ponérselo a un muñeco.

Pero el muñeco nunca llegó.

Le pregunté por qué siempre lo miraba así.

Sonrió.

Y cambió el tema.

Le creí.

O fingí creerle.

Yo creo que era para alguien que ella había esperado de verdad.

Alguien que también tenía nombre.

Pero ese busito azul se quedó en algún cajón de la casa.

Guardado.

A veces pienso que ese cajón y yo guardamos el mismo tipo de cosas.

Las que no hacen bien pero tampoco se pueden soltar.

33

Volví a la discoteca.

No fue planeado.

Solo llegué ahí.

La vi.

Violeta.

En la barra.

Exactamente donde la recordaba.

Frente a una pecera.

A su lado derecho, dos copas vacías y algunos limones mordidos.

—Otra vez tú.

—Otra vez yo.

Sonrió.

Esta vez tenía la mirada perdida.

—No pareces el mismo.

—¿Cómo?

Se inclinó un poco.

—Te ves más… borroso.

Se rió.

—¿Borroso?

—Borroso. Doble o triple.

—¿Cuánto has tomado?

—No lo sé. Lo suficiente para ver cinco Danieles preguntándome cuánto tomé.

Se volvió a reír.

—Debes volver a casa.

—¿Por qué?

—Porque no estás bien.

—Yo me siento bien.

Sacó un bombón de la pecera y se lo metió a la boca.

—¿Quieres?

No me dejó responder.

Me lo metió a la boca.

Sentí rabia.

Me sentí invadido.

Por un momento quise apartarme.

Pero el sabor a fresa con licor llegó después, como si la señal hubiera tomado otro camino.

Primero el cuerpo.

Después la conciencia.

Y la tensión bajó.

—¿Te vas a quedar?

—No. Y tú tampoco.

—Yo me quedo donde yo quiera.

Se inclinó.

—A mí me gusta cuando tú te quedas.

No recordaba haber estado con ella antes.

No así.

Se acercó un poco más.

—Tú no eres difícil de leer, Daniel. Solo eres difícil de clasificar.

No supe si era un halago o un diagnóstico.

Me quedé con esa frase, sin saber en qué manual encajaría.

Cuando llegué a casa esa noche, el espejo del baño estaba empañado.

Otra vez.

No me había duchado.

Me quedé mirándolo.

Esperando recordar algo.

Pero los recuerdos no llegaron.

Metí las manos en el agua helada.

Solo para sentir algo que sí pudiera explicar.

.

Eran las tres de la mañana cuando escuché a Violeta llorar.

Tenía el teléfono en la mano, tequila en la sangre y el dolor de un amor no correspondido en el pecho.

No lloraba por ningún otro hombre.

Lloraba por él.

.

Tenía dieciocho años la noche en que aprendí que hay personas que pueden matarte sin tocarte.

Salí a las diez de la noche.

Paré un taxi en la esquina.

Me senté atrás y miré por la ventana sin ver nada.

Las luces de la ciudad pasaban como si no tuvieran nada que ver conmigo.

Iba a pedirle perdón por algo que no había hecho.

Lo sabía.

Y fui igual.

Había un malentendido.

Alguien había puesto en mi boca palabras que yo nunca dije.

Palabras dirigidas contra él.

Y él las había creído sin preguntarme.

Sin darme el espacio de explicar.

Sin considerar, ni por un segundo, que yo jamás haría eso.

Que yo lo amaba.

Que siempre lo había amado con esa urgencia desesperada de los hijos que crecen intentando ganarse lo que debería ser gratuito.

.

Toqué la puerta.

Abrió mi hermano.

Entré.

—No quiero hablar con usted.

—Pero, papi…

—Traidor.

Intenté explicarle, pero no me dejó.

Lloré.

Le lloré como se le llora a alguien que uno necesita que lo vea.

Que lo elija.

Que diga: no, esto es un error.

Yo te conozco.

Pero no lo dijo.

Porque no me conocía.

.

—Usted ya no es mi hijo.

La frase llegó despacio.

Como llegan las cosas que el cuerpo no quiere recibir.

—Desde hoy usted está muerto para mí.

Salí sin saber cómo.

Destrozado.

El taxi de regreso fue diferente.

Las mismas luces.

La misma ciudad.

Pero algo en mí había cambiado de lugar y yo todavía no sabía dónde había quedado.

.

Lo que siguió no fue un momento.

Fueron años.

Años de lejanía construida sobre esa noche.

Años sin saber cómo volver a un lugar del que me habían borrado.

Años viendo a mi hermanita, crecer desde lejos.

Perdiendome su vida.

Años preguntándome qué había hecho mal.

Qué tenía mal.

Lo llamaba borracho, como si llamara a un amor.

A reclamarle por qué no me quería.

Lloraba por él como se llora por alguien que nunca te va a corresponder.

Porque eso era exactamente lo que era.

Mi papá siempre fue mi relación más tóxica.

Y durante años no supe cómo llamarlo.

Quise que también estuviera muerto para mí.

Pero los muertos que uno quiere no se quedan quietos.

Vuelven.

Siempre vuelven.

No como fantasmas, sino como patrones.

Como la forma en que uno elige a las personas después.

Como el tipo de amor que uno acepta.

Como el umbral de dolor que uno normaliza sin darse cuenta.

Él fue el primero que me maltrató.

El primero que me cambió.

El primero que me enseñó que su amor tenía condiciones y que yo no las cumplía.

Por eso empecé a buscar esa misma historia en todos los demás.

No porque la quisiera.

Sino porque era la única que conocía.

.

Si el primer hombre que me mintió fue él, ¿cómo iba a confiar en los otros?

No había respuesta.

Solo había un adolescente en un taxi de regreso a casa, cargando una frase que le iba a pesar durante años.

34

El tiempo en los lugares que te obsesionan no se mide igual.

Se mide en veces.

En cuántas veces volví.

En cuántas veces me fui creyendo que no iba a regresar.

No volví a ver a Luna en la banca.

No esa semana.

Ni la siguiente.

Pegaso, en cambio, siempre estaba ahí, tomando el sol.

Esperándola.

Me acerqué a él.

Me sorprendió que, sin conocerme, se pusiera patas arriba, mostrándome la panza como se la mostraba a Luna.

—Hola, gatito. ¿Has visto a Luna?

Me miró fijo, con sus enormes ojos color cielo.

Como si él se estuviera haciendo la misma pregunta.

Su mirada me hizo pensar en eso que no se iba.

La sensación de estar siendo observado.

Pero ya no era igual.

Antes venía de afuera.

De las ventanas.

De la gente.

De algo que no podía ubicar del todo.

Ahora aparecía incluso cuando estaba solo.

Como si antes alguien me observara.

Y ahora…

alguien usara mis ojos para mirar.

—Me gustaría ser un gato —le dije.

Pegaso empezó a ronronear.

—A veces siento que mi cuerpo no me pertenece.

Que podría salir de él y convertirme en lo que desee.

Empezó a frotar sus mejillas en mi ropa.

—Te caigo bien, ¿cierto?

Se volvió a acostar mirando arriba.

Yo me tumbé en el prado, al lado de la silla.

Cerré los ojos un segundo.

Cuando abrí los ojos estaba en la cocina.

Otra vez.

—¿Te gusta el orden? —preguntó Martina.

—No especialmente —respondí.

—Mientes.

Se giró. Tenía un vaso en la mano. Limpio. Impecable.

—El desorden es una decisión —dijo ella.

—No me parece que lo sea.

—Todo lo es. Incluso lo que crees que te pasa sin razón.

Limpió el vaso.

Con más cuidado del necesario.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo soy la que recoge lo que se rompe cuando tú decides no decidir.

No supe en qué momento había entrado.

Ni cuánto tiempo llevaba ahí. Ni si había estado antes sin que yo la viera.

Por primera vez, la idea de que alguien me estuviera observando dejó de incomodarme.

Porque empecé a sospechar que tal vez no era el único que estaba mirando desde adentro.

Y que alguien iba a tener que elegir.

35

Tenía diez años la primera vez que aprendí que elegir es una forma de perder.

Mi padre me pedía que lo acompañara a mercar.

Para mí, cualquier momento a su lado era especial.

Él llenaba dos carros de mercado para su casa.

Yo miraba los estantes sin demostrar que quería algo, porque me regañaba.

Fingía que lo ayudaba.

Para estar junto a él.

En algún momento, generalmente antes de pagar, se giraba hacia mí y me decía:

—Puede coger tres cosas.

Yo corría hacia los estantes, como en un programa de concursos.

Sabía que solo tenía el tiempo que se demorara la cajera en pasar el mercado.

Siempre me quedaba paralizada frente al cereal de chocolate.

Mis pies se detenían solos.

Antes de que yo decidiera detenerme.

El cuerpo recordaba lo que la mente intentaba olvidar.

Siempre fue un refugio.

Un escape en medio del conflicto.

Pero pensaba en mi mamá, en el detergente que faltaba, en el papel que se acababa.

Si elegía lo que quería, era egoísta. Si elegía lo necesario, me quedaba vacía. Si no elegía… perdía igual.

Yo regresaba corriendo con los tres productos.

Él parecía disfrutar del momento.

Una vez llegué con cuatro cosas.

Nunca me volvió a invitar al supermercado.

Crecí creyendo que mis necesidades eran pecados.

Martina no dudaría.

Ella nunca se quedaría paralizada en el pasillo cuatro, mirando una caja de cereal de chocolate.

36

Esa noche soñé con el supermercado.

Otra vez.

Tres cosas.

Solo tres.

Como si el número pudiera contener todo lo que no cabe en una sola vida.

Me desperté con las manos cerradas.

Como si estuviera apretando algo que no quería soltar.

Me levanté.

Fui al baño.

Me miré en el espejo opaco.

Esta vez, mi reflejo no parpadeó.

.

Fui al restaurante. El mesero pasó cerca y recogió el plato de la mesa de al lado.

Estornudé.

—Polvo —dijo—. La misma alergia.

Hubo una semana en que todas llegaron estornudando. Una por una, con los ojos rojos.

—¿Cómo?

Se rió bajito. No burlándose. Fue peor.

Fue la risa tranquila de alguien que hace tiempo dejó de sorprenderse de la gente.

—Llevas mucho viniendo.

—Sí.

Asintió.

Como si los hubiera estado contando.

—Tú cambias.

Se llevó el vaso.

Cuando iba llegando a la barra volteó a verme nuevamente, como si estuviera comparando a quien había atendido antes, con quien tenía ahora enfrente.

—Hoy tenemos happy hour.

—¿Qué significa?

—Si pides un pastel, el café es gratis. Si pides palito de queso, el chocolate es gratis.

—Yo quiero café con palito de queso.

—No aplicaría para la hora feliz.

—¿Por qué?

—Porque tienes que escoger. Pastel y café, o palito de queso y chocolate.

Sentí ese vacío en el estómago.

La ansiedad de elegir y perder.

—Quiero las cuatro cosas.

Me miró confundido.

—¿Te traigo café, chocolate, pastel y palito?

—Sí.

37

Hay un hambre que no se quita con comida.

Es un agujero negro que empieza en la garganta y termina en el pasado.

Llegué a la cocina con una urgencia que no era mía.

Era la urgencia que caracteriza a Laura.

Empecé a comer.

Intentaba llenar un vacío con masa y azúcar.

Todo servía para ahogar el sonido de las voces que me atormentaban.

Empecé a comer, sentí esa sensación de euforia, de que todo estaba bien.

Mis manos se movían con mi cabeza, haciendo ese bailecito de felicidad que uno hace cuando come.

Me empecé a llenar, pero no podía parar.

Recuerdo que cuando era niño mi mamá me decía: “hasta que no termines de comerte todo, no te paras de la mesa”. Y me dejaba horas ahí, hasta que se cansaba de oirme llorar y me dejaba levantar.

Creo que por eso ahora siento que debo comerme todo lo que hay, incluso cuando ya estoy lleno.

Comí hasta que el estómago me dolió y la respiración se volvió pesada.

Entonces llegó ella.

La vi en el reflejo de la puerta del horno.

Martina no tiene piedad con el desorden.

Para ella, el cuerpo es una habitación que debe estar impecable. Y yo acababa de llenar el mío de basura.

—Límpialo —susurró el orden en mi cabeza—. Sácalo todo. No dejes que se quede adentro.

Fui al baño.

Ese lugar que debería ser mi refugio, pero que siempre ha sido zona de guerra.

Sentí el miedo de siempre: que la puerta se abriera de golpe, que alguien interrumpiera.

Metí los dedos en mi garganta.

La comida empezó a subir desde mi estómago.

Cuando terminé, no había nadie.

Solo mi cuerpo vacío.

Martina asintió desde las sombras.

El orden adentro se había restaurado.

Afuera, me sentía cansado y culpable.

Me miré al espejo.

Los puntos rojos alrededor de mis ojos.

Vasitos rotos que producen las arcadas.

Iban a tardar algunos días en desaparecer.

A diferencia del hambre.

38

El supermercado es un laberinto de espejos donde no hay salida, solo etiquetas de precio.

Empujé el carro. El chirrido de la rueda delantera contra el suelo pulido me recordaba al sonido de los carritos. El mismo eco. La misma luz fluorescente que parece diseñada para que nadie pueda esconder sus secretos.

Me detuve en el pasillo cuatro. Cereales.

—De chocolate —susurró una voz en mi oído.

Era Laura. La sentí saltar con esa alegría desesperada de la niña que todavía espera que alguien le diga que sí.

—¡Lleva dos cajas! Y gomas de dinosaurio. Y ese paquetito que tiene dibujos. ¡Rápido, antes de que se las lleven!

—Compremos vino y una tabla de quesos. Dijo Violeta

Sentí mi mano estirarse hacia la caja brillante. Pero antes de tocarla, un frío me recorrió la columna.

—Detergente —dijo Martina.—. Necesitamos detergente, papel higiénico y jabón. No hay presupuesto para bobadas. Sean útiles.

No sean una carga.

Me quedé paralizado.

La mano suspendida en el aire, entre el azúcar y el cloro.

Tres cosas.

El número tres empezó a girar en mi cabeza como una moneda que nunca termina de caer.

—Mira a esa mujer de allá —intervino Luna, analítica, fría—. Te está observando. Llevas cinco minutos quieto, mirando una caja de arroz achocolatado.

—Ese detergente es ordinario. Dijo Violeta—. Si vas a llevar algo, que sea lo mejor. Que vean que te sobra. Que nadie piense que en tu casa falta algo. Compra el tequila más caro. Humíllalos con tu carro lleno.

Las voces de todos los que estaban en el supermercado empezaron a mezclarse.

Un coro de necesidades que no eran mías, pero que me habitaban todo.

Laura quería el dulce para curar el desamor.

Martina quería el orden para evitar el castigo.

Luna quería el silencio para sobrevivir a la realidad.

Violeta quería dimero para vengarse de la humillación.

Y yo… yo solo quería desaparecer.

El zumbido de las neveras empezó a subir de volumen. El aire se volvió espeso. La gente pasaba a mi lado como manchas borrosas.

—¡Tres cosas! —gritó la voz de mi papá en mi memoria.

Solté el manubrio del carro. Sentí que el suelo se inclinaba.

Cuando volví en mí, estaba en la caja registradora. No recordaba haber caminado hasta allí. En la banda transportadora había una caja de cereal, un frasco de detergente y una botella de tequila de reserva especial.

Tres cosas.

La cajera me miró con extrañeza.

Yo no sabía cuál de ellas había llevado esas cosas a la caja.

Pagué en silencio.

Salí al parqueadero con la certeza de que mi cabeza ya no era un lugar privado.

Sentí que ellas me conocían más a mí de lo que yo las conocía.

Y empezaban a manipularme.

O yo empezaba a escucharlas.

No supe cuál de las dos cosas me asustaba más.

39

La soledad no es estar solo.

Es estar lleno de gente que no puedes presentarle a nadie.

—Estoy aburrida —dijo Violeta.

—¿Por qué?

—No tengo suficiente y quiero gastar.

—No necesitas hacerlo. No te hace falta nada.

—Gastar me hace sentir bien. Comprar cosas por internet, seguir el envío, saber que llegó y destaparlo.

—¿Y después?

—Después lo dejo unos días a la vista para contemplarlo.

—¿Y?

—Lo guardo y ya.

Se acabó el juego.

Hay que empezar otra vez.

Violeta me hizo recordar la primera vez que entendí que la plata también puede ser un lenguaje.

No el lenguaje de comprar cosas.

El otro.

El que se usa para decirle a alguien que existe.

O que no.

Desde muy pequeño mi papá me abrió una cuenta de ahorros.

Una libreta amarilla con mi nombre impreso en letras negras.

A veces me consignaba algo.

Pero siempre me decía que no podía darle nada a mi mamá.

Mi mamá caminaba despacio por el pasillo.

El teléfono sonaba y lo miraba antes de contestar.

La administradora del edificio subía todos los días a cobrar la cuota de administración.

Yo escuchaba.

Aunque intentara que no.

Fui al cajero con ella.

Saqué todo lo que tenía.

No era mucho.

Pero para mí era todo.

Se lo puse en la mano sin decir nada.

Me miró de una manera que no supe descifrar entonces.

Ahora sí sé lo que era: el dolor de una madre que recibe lo que nunca debería tener que recibir de un hijo de siete años.

Me abrazó.

No dijo gracias. Dijo mi nombre.

Cuando mi papá se enteró, sonó el teléfono.

Yo estaba en el cuarto de atrás, al lado de la cocina.

Escuché su voz.

—Jamás en la vida le vuelvo a meter plata a esa cuenta.

Y así fue.

Tardé años en entender lo que pasó ese día.

No me castigó por darle algo a mi mamá.

Me castigó por aliviarle el dolor que él había provocado.

Cada vez que yo aparecía con mi libreta amarilla para intentar que respirara un poco, lo contradecía.

Sin palabras.

Sin intención.

Solo estando del lado que para él era equivocado.

Eso era imperdonable.

Y eso me hacía sentir culpable.

Porque estaba decepcionando a quien amaba por aliviar a quien amaba más.

Así aprendí lo que ningún adulto me enseñó en voz alta.

Que el que da, manda.

Que nada es gratis.

Que, si alguien te da algo, en algún momento te lo va a cobrar.

Eso se quedó en algún lugar muy adentro.

En un lugar que no tiene nombre.

O sí lo tiene.

.

Violeta seguía acostada en el sofá.

—Odio cuando no tengo plata.

—No es tan importante. Sal a dar una vuelta al parque.

—¿Una vuelta al parque? ¿Sin comer, sin tomarme un cóctel? Para eso me quedo en mi casa.

—No todo lo que nos hace felices tiene precio —le dije para animarla un poco.

—Existir tiene un precio.

Por eso, si no tienes, no tienes poder.

Y si no tienes poder, eres nadie.

Se dio la vuelta.

—Sigue pensando así, como un perdedor.

Creyendo que de vueltas en el parque se vive.

La miré intentando entender por qué su mundo giraba en torno a lo material.

Antes de desaparecer por el pasillo dijo, sin mirarme:

—Nadie da gratis, Daniel.

Yo lo sabía.

Lo había sabido desde los siete años.

Pero no le di la razón.

Porque hacerlo significaba aceptar que a los siete años ya me habían enseñado que existir tiene un costo. Y que todavía, sin querer, seguía pagándolo.

Ese fin de semana volví a la discoteca.

Hacía varios fines de semana que no iba.

—¿Alguna vez has sentido que no estás solo en tu propia cabeza? —le pregunté a Violeta.

El ruido de la discoteca hacía un muro entre nosotros y el resto del mundo.

Se rió. Una risa corta. Seca.

—Todo el tiempo —dijo—. Yo no le llamo soledad. Le llamo hambre. Siempre quiero más de lo que hay.

Se acercó.

Fresa y tequila.

—Aprende a habitarte, Daniel. O vas a pasarte la vida buscando en otros lo que no te das a ti mismo.

Alineó la servilleta con la línea de la barra y se fue al VIP del fondo.

No supe si hablaba de pensamientos o de mí.

Cuando llegué a casa, acomodé la servilleta de la mesa con la línea del borde.

No supe por qué lo hice, pero me quedé alineándola hasta que sentí que estaba perfecta.

En su lugar.

Por primera vez, algo en mí se sintió correcto.

40

Empecé a notar las grietas.

No en las paredes.

En los días.

Momentos en los que estaba en un lugar y, de repente, estaba en otro.

Sin el recorrido en medio.

Como un salto en una cinta vieja.

No era olvido.

Era… sustitución.

Alguien más había hecho ese recorrido por mí.

Mientras trataba de entenderlo, mis ojos se posaron en Luna, sentada en su rincón favorito, tan ajena al salto del tiempo y tan concentrada en su propio mundo mágico.

Era un espacio pequeño, de no más de dos metros cuadrados.

Tenía un tapete de colores, suave y peludo, en el piso, debajo de una mesa.

Un lugar que ella misma había creado para escapar de la realidad ruidosa y caótica y habitar, sin interrupciones, el mundo mágico de su mente y sus libros.

Colgó las luces cálidas de Navidad que siempre usa para iluminar sus espacios, incluso si no es Navidad.

Ella dice que son luces mágicas y las cuelga por cada rincón, formando olas de luz que reflejan sus destellos en las demás paredes.

En el pequeño espacio tenía cojines blancos, también peludos y de textura suave.

Luna no usaba nada que no le resultara agradable al tacto.

Tenía una caja transparente con algunos libros que llevaba de su "biblioteca secreta".

Solo tenía de secreta que no estaba a la vista. Pero Luna decía que cuando abría sus puertas entraba al armario de Narnia, un mundo de historias infinitas y mundos por conocer.

Tenía en sus manos su libro azul favorito, el que tenía poemas y actividades. Se lo estaba leyendo a Laura en voz alta.

—Deberías también leérselo a Violeta, ella nunca lee, todo el día se la pasa en la calle o durmiendo. Léeselo para que se vuelva culta. ¡Violeta, sal! Luna te va a leer.

Luna solo la miró. Ella le tenía la paciencia que no le tenía a nadie más.

Violeta no salió de inmediato.

—¡Sigue leyendo! ¡está precioso! —exclamó Laura mientras metía la cabeza debajo de la mesa para ver la ilustración—. Esa muñequita se parece a mí. Estoy seguuura que ese libro fue escrito para nosotras. ¿Cierto, Luna?

—Sí, Laura. Sí…

Violeta llegó. Se sentó encima de la mesa.

—Qué cursis son ustedes.

—Qui, quirsis sin istidis —la imitó Laura mientras se reía.

La risa se desvaneció en el aire, dejando una quietud inusual. Como si algo más grande se hubiera devorado las palabras y dado la orden de permanecer en silencio.

El apartamento parecía hacerse cada vez más grande.

Y yo, cada vez más ligero.

Había cruzado una línea sin saber cuándo.

Ya no era el que miraba desde afuera. Era el que respiraba adentro. Mis pulmones lo sabían. El aire del 415 tenía un peso diferente. No más pesado. Solo distinto.

Como cuando uno vuelve a un lugar y el cuerpo reconoce el olor antes de que la mente recuerde el nombre.

Y yo no había tomado esa decisión.

Parte II

"*Uno*"

41

—¿Quién eres?

El apartamento no respondió de inmediato.

—La que queda —respondió una voz desde el pasillo.

No era la voz de Laura, ni la de Violeta, ni la de Luna o Martina.

Era una voz solemne, con un peso que conocía demasiado bien, pero que nunca había escuchado afuera.

Me quedé esperando que dijera algo más. No sonaba como pensamiento.

No dijo nada.

Pero esta vez dejó un silencio que llenaba todo a mi alrededor.

La que queda.

Me fui a dormir con esas palabras en mi cabeza.

A la mañana siguiente el apartamento olía diferente.

Como si alguien hubiera abierto una ventana que llevaba años cerrada.

No había ninguna abierta.

—Tú no estás aquí por nosotras —dijo Luna, apareciendo detrás de mí.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

Se quedó pensando un momento, como si midiera las palabras antes de soltarlas.

—Estás para quedarte cuando nosotras no estamos.

42

Observo a Laura desde la distancia y me duele el pecho. Ella tiene esa forma de acercarse a la gente, con una intensidad que brilla como una bengala, pero que termina quemando a los que se quedan más de la cuenta.

Pero hay algo en ella que no es de niña.

Una mirada que a veces llega antes que las palabras. Que sabe cosas que nadie le enseñó. Que ha visto más de lo que su alegría permite ver.

Laura no es inocente.

Laura eligió la alegría porque conocía la alternativa.

Las palabras me llegaron solas, como siempre llegan:

—Habla todo el tiempo.

—Quiere saberlo todo.

—Se mete en las conversaciones.

—Es maleducado.

—Es muy rebelde.

—Lo miman mucho.

—Es insoportable.

—No se calla un segundo.

—Es muy intenso.

Esa palabra en especial se me quedó pegada como se quedan pegadas ciertas cosas en la piel: sin dolor inmediato, pero con una marca

permanente.

No era que yo fuera intenso. Era que mi forma de existir no cabía en el tamaño de lo que me permitían.

Mi curiosidad no era curiosidad para ellos; era exceso.

Mi entusiasmo no era alegría; era ruido.

Mi necesidad de entenderlo todo no era inteligencia; era molestia. Como si el problema no fuera mi hambre de mundo, sino el mundo mismo quedándose sin espacio para alguien que lo quería experimentar todo.

Siempre que pienso en mi pasado recuerdo a mi mamá.

En cómo a veces me abrazaba como si no existiera nada que corregir en mí.

Y otras veces me regañaba como si intentara encajarme en un lugar que tampoco era el suyo.

Nunca he entendido cómo hacía para sostener esas dos cosas al mismo tiempo.

Cómo podía dejarme "ser", con tanto amor, y al mismo tiempo escuchar esas etiquetas sin saber si debía protegerme de ellas o aceptarlas como si fueran verdad.

No sé si a ella también le dolían.

No sé si en algún momento, cuando nadie la veía, también se le rompía algo al repetirlas o al permitir que se dijeran frente a mí.

No sé si ella también estaba intentando sobrevivir a una forma de mundo que exigía elegir entre amar o corregir, como si no se pudiera hacer ambas cosas perdiéndose un poco en el intento.

Porque yo no necesitaba ser corregido.

Necesitaba ser entendido.

Y amado sin traducción previa

Ahora entiendo algo que debo permitirme decir en voz alta:

Mi familia no me estaba describiendo.

Me estaba reduciendo.

A una sola palabra que justificara no tener que escucharme más.

Dejé el lapicero rosa en la mesa.

No supe por qué me dolió escribirlo.

Pero me liberó.

.

43

—No te juntes con él —sentenciaban—. Es una mala influencia.

Mis "amigos" llegaban un día y no se me acercaban más.

—Mi mamá no me deja juntar contigo —me decían a escondidas. Yo me quedaba quieto, preguntándome por qué un adulto le prohibía a un niño acercarse a mí.

Quizá lo de la "adulta mala" era real.

Y no solo mi papá lo veía.

Quizá lo que aprendía sobre mí, los sábados en casa de mi abuela lo confirmaba en los colegios.

O quizá en los colegios me repetían, con más voces, lo que mi familia me decía cada ocho días.

Que mi presencia necesitaba filtro, distancia y advertencias.

Que, antes de conocerme, ya muchos habían decidido que era un riesgo.

Y que, muchas veces, no hacía falta que yo hiciera algo mal: bastaba con ser yo para que alguien dijera "no".

Así que me fui traga do la idea de que ser yo estaba mal.

Aprendí a hacer silencio para no tener que revisarme antes de hablar.

A no acercarme a las personas para no tener que ver el momento en que mi forma de ser les empezaba a estorbar.

Aprendí a no ocupar más que mi habitación, para no tener que medir si mi presencia estaba ocupando demasiado.

Y, sobre todo, aprendí que necesitaba el permiso de otros para ser feliz.

Y como ya no quería pedir permiso, mi cuerpo decidió que nunca más iba a serlo.

.

Laura parece ese residuo de mi niñez.

Ella siempre intenta hacer amigas, se lanza de cabeza a las relaciones sin medir el peligro, solo para ser devuelta a su mundo pocos días después.

Por eso la miro con esa mezcla de frustración y ternura.

Porque, aunque el silencio pida que baje el volumen.

Cuando Laura aparece, la habitación se llena de ese ruido de niña pequeña que solo busca un par de manos que no la suelten cuando empiece a ser "demasiado".

Ser demasiado es solo otra forma de decir que el mundo es muy pequeño para lo que sientes.

44

Desperté en la madrugada por el frío. Me había quedado dormido en el sofá.

La boca me sabía a fresa y tequila, como si algo hubiera pasado… sin mí.

Escuchaba los ruidos del edificio: el ascensor subiendo y bajando, los pasos en el piso de arriba.

Un susurro.

Justo al lado de mi oído.

—La quinta voz no existe si no se habita.

No me giré.

Tenía miedo de que, si lo hacía, no hubiera nadie… o estuvieran todos.

Me quedé mirando el techo. El número 415 apareció en mi cabeza.

Cuatro más uno.

Siempre había sido cuatro más uno.

45

Necesitaba aire real. Empezaba a mezclar mi realidad con las palabras.

El conserje me miró al pasar.

—¿Ya te sientes mejor?

Me detuve.

—¿Mejor de qué?

—De la borrachera.

No recordaba haber estado borracho. Mucho menos haber salido.

—¿Borrachera?

El hombre se encogió de hombros.

—Quizá fue otra. Son muy parecidas.

Volví a subir a mi apartamento.

Son muy parecidas, pensé. ¿Parecidas quiénes?

En la mesa auxiliar de la sala había una hoja rosa con rayas blancas.

Laura la había dejado ahí. Ella siempre tiene hojas dobladas en los bolsillos. Las arranca de los libros de Luna.

Dice que hay palabras que no se pueden quedar guardadas en un armario y deben llevarse más cerca del corazón.

Luna se lo permite. Aunque cada vez que lo hace, recoge el libro

con más cuidado del que le daría a cualquier otra cosa.

"Escribe las cosas que quisieras dejar de callar"

En el primer renglón decía, en letra pequeña:

"Quiero dejar de callar..."

Y en toda la mitad, en mayúscula, como si la frase quisiera gritar:

LO QUE SOSTENGO PARA QUE ELLAS NO SUFRAN.

Al final, escrito muy pequeño:

Martina.

Su letra se parecía a la mía, demasiado, aunque la de ella se veía más cuidada, más medida.

Doblé la hoja.

Por primera vez, Martina no parecía firme.

Había algo en esa letra... cansancio.

Como si sostenerlo todo le estuviera costando más de lo que ella intentaba mostrar.

No la boté. Me la guardé en el bolsillo, como si así pudiera mantenerla más cerca del corazón.

Miré mis manos y, por un momento, no las sentí mias.

Temblaban.

Fui al baño.

El cepillo rosa estaba húmedo. Tenía cabellos enredados entre las cerdas.

No quise tocarlos. Los quité con una peinilla y los tiré a la basura.

Alguien estaba entrando a mi casa y viviendo en ella como si fuera la suya.

46

A veces intento llamar a mi hermana. Todavía hoy, me choco contra el mismo muro.

—Estoy ocupada.

Dos palabras. El mismo tono de siempre. El mismo silencio después.

Como si yo fuera una llamada más en una lista de cosas que no tienen urgencia.

Ella vivió conmigo las peleas con el mundo, la frustración descargada en llanto y la tristeza que gritaba: me quiero morir.

Presenció a mi lado las noches en que mi mamá caminaba por ese pasillo sin llegar a ningún lado. De un extremo al otro.

Vivimos muchas cosas juntas.

Pero ella decidió alejarse.

A veces pienso que soy el espejo de todo lo que quiere olvidar. De lo que nunca quiso ser.

O lo que siempre quiso.

Saqué el celular. Mis dedos se quedaron suspendidos sobre su contacto.

Presioné “llamar”.

El corazón hacía algo raro.

Latía más rápido.

Más presente.

Como cuando el cuerpo sabe antes que la mente que algo va a doler.

No contestó.

Volví a llamar.

Tres tonos.

Estuve a punto de colgar.

Pero respondió.

—¿Qué hubo…?

Su voz sonaba cansada, gastada.

—Solo… quería saber cómo estás —mentí.

—Estoy bien. ¿Qué necesita?

—Quería escucharte.

Silencio.

—No me llame para bobadas.

Tantos años reducidos a una sola línea.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque yo sí tengo vida.

Colgó.

Me quedé mirando el teléfono.

Sentí náuseas.

.

Abrí el historial de llamadas. Su nombre estaba, pero no la llamada que le había acabado de hacer.

Había un registro de catorce minutos, pero hacía tres días.

No recordaba haberla llamado en semanas.

Mucho menos tener una conversación tan larga.

Borré el historial.

.

Recordé el pasillo de la casa en la que vivimos juntas.

Tenía una luz que parpadeaba.

Nunca la arreglamos.

Mi mamá caminaba mientras lloraba.

Nosotras la mirábamos desde la puerta de la habitación sin decir nada.

Sabíamos que el dolor de cabeza no era el problema.

Era la forma en que su cuerpo cargaba lo que los ojos no podían seguir llorando.

Mi papá le cortaba la mensualidad cuando se enojaba con ella.

Un mes.

Dos.

Tres.

Ese fue el idioma que aprendí a leer.

Sin que nadie me lo enseñara.

El silencio del teléfono.

Las facturas de papel blanco con números en rojo.

Las cuentas sobre la mesa acumulándose.

Aprendí a detectar la tormenta antes de que tuviera nombre.

Antes de que ella misma la sintiera venir.

.

No lo decidí.

No fue un proceso consciente.

Fue lo que pasó cuando el ambiente dejó de ser predecible y mi cerebro se volvió un radar.

Cada gesto leído.

Cada silencio medido.

Cada variación en el aire del apartamento registrada antes de que se convirtiera en algo que doliera.

Si lo detectaba a tiempo, podía prepararme.

Si me preparaba, sobrevivía.

.

Eso no desaparece cuando crece el cuerpo que lo aprendió.

Se instala.

Se vuelve la única manera de estar en un cuarto con otras personas.

Saber dónde está cada quien sin mirar.

Sentir el cambio en una voz antes de que la voz cambie.

Leer el dolor de otro como si fuera el propio.

.

Miré a Luna.

Ella ya me estaba mirando a mí.

Como siempre.

Desde antes de que yo supiera que necesitaba ser mirado.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —le pregunté.

No respondió de inmediato.

—Desde que tú lo necesitaste —dijo.

Murmuró algo.

—¿Qué dijiste?

—Estoy hablando sola.

.

Esa alerta constante no nació del pasillo solamente.

Nació de todo lo que el pasillo representaba: un mundo que podía cambiar de temperatura sin aviso, que exigía estar siempre lista, siempre atenta, siempre un paso adelante del dolor.

Nació de un cerebro que procesa cada detalle antes de que los demás noten que hay algo que procesar.

Nació de aprender que amar tiene consecuencias.

Nació de que a veces la única forma de no perder a alguien es perderse a sí mismo.

Notar todo.

Sin decirlo.

Sin que nadie te lo pida.

.

La luz del pasillo seguía parpadeando en algún lugar de mi memoria.

Mi mamá caminando.

La pañoleta amarrada alrededor de su frente.

Y yo, al lado de mi hermana, parada en la puerta de la habitación, aprendiendo a leer el mundo antes de que el mundo decidiera hacerme daño.

Luna se levantó sin hacer ruido.

Pasó a mi lado.

—Ya sé —dije, antes de que hablara.

Se detuvo.

—Lo sé —repitió en voz baja.

Y siguió caminando.

.

Me quedé en el pasillo.

La luz parpadeaba.

Nadie la iba a arreglar.

47

Fui al fondo del armario y saqué la caja de cartón que ha sobrevivido a cinco mudanzas. Libretas de espiral, tapas desgastadas y diarios sin llave que perdieron la magia de esconder mi vida.

Abrí una libreta de cuando tenía 16 años. Canciones, poemas, recuerdos. Escribir no era una forma de pasar el tiempo. Era dejar que lo que dolía saliera y le hiciera daño al papel.

No a mí.

Me detuve en una página manchada de rojo oscuro.

Sangre seca.

Como si esa página hubiera sido escrita desde una herida.

La presión casi rompía la hoja.

Había algo en esa letra. Reconocí su impulso en cada trazo. Tratando de romper la libreta y protegerme el corazón.

Recordé los amigos que hice. Y los que perdí. Las veces que abracé a mi hermana. Y las veces que se alejó de mí.

Siempre he querido conectar.

Pero mis manos son demasiado cálidas para el hielo de los demás.

Pasé la página. La letra se hizo más pequeña, recta, fría.

—¿Dónde están las otras? —pregunté.

Laura se encogió de hombros.

—Deben estar cerca. Siempre lo estamos.

Se levantó. No parecía tocar el suelo.

—¿Quieres que te regale mi llave?

La sacó del bolsillo. Tenía una letra marcada en el metal.

"M".

—¿Qué puerta abre?

—Esta llave no abre puertas, Daniel.

Se acercó un poco.

—Abre memorias.

Cerré la libreta.

No quería estar más allí.

Guardé la llave debajo de mi almohada sin saber si realmente significaba algo o era uno de los juegos de Laura.

La toqué varias veces esa noche. Solo para confirmar que seguía ahí.

La M en el metal.

Grabada.

Me hacía sentir un nudo en el estómago.

En lo más profundo de mí existencia.

Como cuando uno carga cosas mucho antes de entender qué son.

48

Cuando desperté, mi apartamento estaba diferente.

El sofá al otro lado de la sala, Los cuadros puestos en otra pared, y en la mesa auxiliar del comedor, había un jarrón de vidrio con 4 flores.

Una amarilla, una verde, una azul y una rosada.

La música empezó a sonar.

Mozart.

Me quedé escuchando.

Pero no sonaba hacia afuera.

El piano sonaba dentro de mi.

En colores amarillos que giraban formando patrones.

Sentí una mano. Pequeña.

Tocándome el brazo con sus dedos al ritmo de la marcha turca.

La reconocí. La misma.

La que solté cuando el mundo dejó de ser un lugar habitable.

Escuché un sonido en mi habitación. La música se apagó.

Era la llave. Estaba en el piso, aunque nadie la había movido de debajo de la almohada.

La levanté, mis manos la reconocieron.

Como si ya supieran exactamente lo que abría.

Y como dolía.

Un flash.

Un supermercado. Tres cosas. El olor. El sonido de un carrito a lo lejos.

Y una mano pequeña apretando la mía.

49

De repente, las luces se encendieron.

Martina estaba en la puerta de la cocina. Llevaba un delantal verde.

Impecable.

—Es hora de ordenar esto —dijo, mirando a Laura.

Laura desapareció, corriendo por el pasillo sin decir nada.

—Siéntate, Daniel. Tenemos que hablar de las reglas.

—¿Qué reglas?

Martina se sentó frente a mí. Puso un cuaderno sobre la mesa. Un cuaderno negro que parecía contener todas las respuestas a las preguntas que yo no me atrevía a formular.

—La primera regla es que nada se pierde. Todo se transforma.

—Eso es física —dije.

—Eso es trauma —corrigió ella, sin pestañear.

Me miró con una frialdad que me hizo querer salir corriendo. Era la mirada de alguien que ha visto el abismo y ha decidido que es un buen lugar para vivir.

—La segunda regla es que no puedes estar en dos lugares al mismo tiempo, a menos que aprendas a dividirte.

—¿Y la tercera? —pregunté.

—La tercera es que la quinta voz debe ser habitada.

Se levantó y se acercó a mí. Me puso la mano en el hombro. Su tacto no era cálido; era una presión que me obligaba a quedarme allí,

frente a ella, frente a lo que no quería ver.

—Pero todavía no lo haces porque tienes miedo de desvanecerte en ella.

Hubo silencio.

Entonces Luna habló desde atrás, sin levantarse siquiera.

—La primera regla es mentira.

Martina giró la cabeza bruscamente.

Luna seguía mirando algo que no estaba en la mesa.

—La segunda regla no existe —continuó—. Solo hay versiones mal contadas de lo que alguien quiso recordar.

Me quedé quieto.

Martina cerró el cuaderno con fuerza.

—¿Y la tercera? —preguntó ella, esta vez sin la seguridad anterior.

Luna por fin me miró a mí.

—La tercera es que si escribes una regla, dejas de vivirla.

Pausa.

Sonrió apenas, como si eso fuera suficiente.

—Y la quinta voz…

Antes de que Martina respondiera, la puerta se abrió de golpe.

Laura entró corriendo, sin aliento, como si hubiera estado escuchando todo desde algún lugar donde las reglas no alcanzan.

—Las mías son mejores —dijo.

Nadie le preguntó cuáles eran.

Ella caminó hasta la mesa y dejó algo que no había traído antes: el bombón en forma de corazón, ya casi derretido.

—Primera regla —dijo, mirando el chocolate—: si tienes que escribirlo, ya se dañó.

Miró a Martina.

—Segunda regla: nada se ordena sin romperse primero.

Señaló el cuaderno.

—Y la tercera… —sonrió, como si le diera risa que existiera una tercera— nuestras reglas no han funcionado ni lo van a hacer.

Se dio la vuelta y quedé solo en el salón.

Escuché el ascensor subir. El chirrido del metal resonó en el pasillo como una advertencia.

Y supe, con una certeza aterradora, que no era la primera vez que escuchaba esas reglas.

Las había escuchado antes.

En mi propia voz.

Solo.

Antes de que ellas pudieran decirlas.

.

La vi por la rendija de la puerta. Estaba de pie frente al espejo leyendo el libro azul de Luna.

—¿Quién te dio permiso de salir de aquí? Tú no te mandas sola.

¡No me hagas quedar mal con la gente!

Lágrimas que no hacen caso.

Martina lo leyó dos veces. Pasó la pagina.

“Párate frente a un espejo y mírate a los ojos.

Di en voz alta un miedo que te limite en este momento de tu vida.

Respira profundo y repite:

Reconozco que esto me está limitando.

Pero este miedo no me define.

Repítelo varias veces sin dejar de mirarte, hasta que sientas calma."

Martina lo repitió. Cerró el libro.

Se quedó mirándose frente al espejo.

Había algo diferente en su postura. Sin la agenda. Sin la lista. Sin nada que organizar.

Solo ella.

Y su reflejo.

Y el silencio entre los dos.

Abrió la boca.

Lo intentó.

Pero no salió nada.

Volvió a intentarlo.

—Tengo miedo a no poder sola.

Lo repitió. Esta vez más firme.

—¡Tengo miedo a no poder sola!

Cerró los ojos. Esperó la calma que prometía el ejercicio.

No llegó. Lo que llegó fue otra cosa.

Más lenta.

Más honesta.

Empezó por los hombros, la tensión que Martina siempre cargó como si fuera parte de su anatomía.

Le subió por la garganta, la que estaba llena de nudos.

Y cuando llegó a los ojos.

Rompió en llanto.

Lágrimas

Silenciosas y desordenadas.

Se sentó y se tapó los ojos con las manos.

Siguió llorando.

Pero esta vez más ahogada.

Cómo si ya no pudiera contener ni su propia tristeza.

Me fui de allí antes de que me viera.

Pero algo de ese llanto se quedó en mi pecho.

Como si también fuera mío.

Como si siempre lo hubiera sido.

50

Pasó una semana desde la última vez que las vi. No quería salir. Solo llorar.

Sentí que las estrellas color fucsia del techo giraban sobre mi cabeza a toda velocidad.

Fucsia.

Siempre ha estado ahí, justo encima de mí.

Las estrellas son lo único que no pierde el color cuando todo lo demás se vuelve blanco o negro.

Mi habitación me hace sentir seguro. Los pothos que cuelgan del techo y se enredan en el tubo de la cortina me dan paz. Sus hojas verdes, teñidas con dibujos color crema, me hacen sentir que estoy vivo, que hago parte de algo.

Cuando no sigo el camino de sus hojas, estoy mirando el cuadro frente a mi cama: diferentes tonos de azul, estriados por el borde de la espátula, uno encima del otro, formando un océano que no lo es, y un cielo que se va borrando en los bordes, difuminándose lentamente en el aire.

En mi habitación no me siento solo. Mi mamá siempre está conmigo.

Cuando no hablamos, miro la foto donde estamos juntos, abrazados.

Siempre me hace sonreír.

La felicidad debe ser amarilla.

Porque siento que su sonrisa combina perfectamente con el portarretratos color sol.

Me quedé mirando a mi mamá. El sabor artificial a fresa por fin empezó a disolverse. Se fue haciendo tenue hasta que desapareció.

Por primera vez en días, mi boca ya no sabía a los deseos de alguien más.

Volví a ser yo.

51

Caminé por el pasillo del edificio. Llamé al ascensor. Las puertas se abrieron.

Esta vez no me miré. No porque tuviera miedo de lo que iba a ver, sino porque ya no necesitaba buscarme allí.

La llave pesaba en mi bolsillo. Como si tuviera vida propia. Como si estuviera latiendo.

Me detuve frente a la puerta. La misma.

Mi mano ya sabía exactamente cómo encajar el metal en la cerradura. No tuve que pensar. Mi cuerpo recordó el ángulo y la presión mucho antes que mi mente.

Reconocí el rastro antes de dar el primer paso.

La naranja y la bergamota del perfume de Violeta se mezclaban con el vetiver y el pachulí de Martina.

Debajo, ese rastro dulce de vainilla inconfundible de Laura. Y desde la bañera, el almizcle blanco y el jazmín: la esencia misma de Luna.

Faltaba un aroma. El mío.

Retrocedí rápidamente. Me tropecé con el lavamanos y allí, en un vaso de cristal empañado, había un cepillo de dientes.

Uno solo.

Me acerqué y lo toqué: todavía estaba húmedo.

El silencio del apartamento se escuchó tan fuerte como un estallido.

Empecé a buscar los otros tres cepillos, pero no estaban.

Fui a la cocina. Un solo delantal, una sola taza.

Empecé a sudar, a caminar de un lado a otro.

—¿Dónde están las otras cosas?

52

Fui a la biblioteca de la universidad. En mi mochila, sin saber por qué estaba ahí, el cepillo rosa.

Lo dejé donde estaba. Sin sacarlo. Sin preguntarme cómo había llegado.

Cuatro mujeres.

Un solo cepillo de dientes.

Me rodeé de manuales de psicopatología. Quería encontrar un nombre clínico para lo que había visto. Quería que un libro me dijera: *Daniel, lo que viste es un error de tu percepción*.

Pero los libros hablaban de pacientes. De gente allá afuera. Yo solo era un observador.

—Deja de buscarnos en las notas —murmuró Luna desde la mesa de al lado.

Ella estaba allí, con un tomo de neurología abierto.

—Somos respuestas.

Cerré el manual.

Abrí el cuaderno.

Y, por primera vez, escribí mi nombre.

No el de ellas.

El mío.

53

El apartamento estaba en silencio. Un silencio que espera.

Fui directo a la ventana.

La vista desde allí era diferente. No era la calle. Era la banca donde yo solía sentarme en las tardes.

Desde allí todo se veía pequeño. Controlable. Predecible.

Sentí un escalofrío.

¿Cuántas horas estuve sentado abajo creyendo que era yo quien observaba?

Eso lo cambiaba todo.

No fue una pregunta retórica. Fue el momento exacto en que la historia empezó a correr en sentido contrario. Y ya no pude seguir mirando de la misma manera.

Me giré.

No era ninguna de las cuatro.

O tal vez eran todas.

Tenía los ojos de Luna, la comisura de Laura, la postura de Martina y el cabello de Violeta.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Eso no importa todavía —dijo—. Lo que importa es que dejaste de buscar a cuatro para enfrentarte a una sola cosa.

—¿Qué cosa?

No respondió.

Caminó hacia el espejo del pasillo. Se detuvo. Me hizo una seña.

—Ven. Míranos.

No me moví.

—¿Dónde están las otras?

Se rió. El sonido resonó dentro de mí.

Señaló el vaso con el único cepillo de dientes.

Bajé rápido las escaleras y corrí hacia el parque.

Cuando menos pensé, estaba en la biblioteca, con los manuales de psicopatología abiertos.

Luna estaba a mi lado, con el tomo de neurología.

—¿Te pasa algo?

Salí corriendo hacia mi apartamento, pero de nuevo aparecí en otro lugar.

El parque.

54

Esa noche abrí el cuaderno.

Escribí cuatro nombres.

Laura. Violeta. Luna. Martina.

Empecé a escribir lo que había observado. No como alguien que las conoce, sino como alguien que las estudia.

Laura: dificultad para mantener la atención en una sola tarea, pero capacidad extraordinaria de procesamiento en paralelo. Alegría que no espera permiso. Busca estímulo constante. No como escape. Como forma de existir.

Violeta: oscilación rápida entre estados sin punto medio visible. Miedo al abandono convertido en ofensiva. El negro no es un color: es una posición. La forma en la que se defiende sin decir que tiene miedo.

Luna: procesamiento sensorial elevado. Patrones repetitivos con función calmante. Presencia total o ausencia total. Los gatos se sientan a su lado sin que ella los llame. Los cuerpos reconocen lo que las palabras no saben decir.

Martina: necesidad de control proporcional al nivel de amenaza percibida. Perfeccionismo como escudo. El orden no es estético. Es lo único que aprendió a controlar cuando todo lo demás se escapaba.

Cuatro perfiles.

Cuatro nombres en la parte superior.

Necesitaba despejar mi mente. Fui al restaurante. Me senté en la mesa de siempre; la madera estaba húmeda, como si la acabaran de limpiar. Esta vez olía a lavanda y café.

El mesero de siempre estaba de turno. Sentí alivio al verlo; él era mi dosis de realidad entre tanto caos.

—Quiero un “cuatro estaciones”.

—Pero no te ves bien. — Dijo poniendo su mano sobre la mesa.

—¡Estoy bien!

—¿Y si te traigo algo más suave?

—No quiero algo más suave.

—El alcohol no va a ayudarte.

—No me importa, es problema mío. ¿Ok?

—Ok.

El mesero no discutió, pero se fue a la barra y escribió algo en su cuaderno.

—Aquí está tu pecera.

—¿Podrías, por favor, ponerle algunas gomitas y pepitas de colores?

El mesero se la volvió a llevar.

—¿Cómo es posible? —susurré. El aire no me alcanzaba para hablar más duro—. Ellas siempre estaban en lugares distintos. Se movían por separado.

—Para sobrevivir al horror, la mente aprende a montar el mejor de los teatros —dijo alguien en mi oído, tan adentro que la escuché como una voz en mi cabeza.

—¿Estás diciendo que fue mi percepción?

—No fue solo tu percepción. Fue nuestra necesidad. Una sola mujer no puede cargar con el peso de tantas cosas.

El mesero volvió.

—Este no es un buen momento para tomar. Le dije

Saqué las gomitas, las metí en un vaso de plástico y dejé el dinero sobre la mesa. La mirada de preocupación del mesero me siguió hasta la puerta.

Llegué al apartamento, al 415.

—Luna.

—Daniel.

—Yo sé lo que vi —le dije, intentando recuperar el aliento.

Ella caminó hacia el espejo del pasillo.

—Ven, miranos. Mirame.

Me acerqué. Me paré detrás de ella. Y, por primera vez, el cristal no mostró capas separadas. Las cuatro estaban ocupando el mismo espacio, una sola silueta.

El reflejo me sostuvo la mirada, demacrado y cansado, mientras yo permanecía inmóvil.

Retrocedí, chocando contra la pared.

—¿Qué está pasando?

—Me estás viendo como soy.

55

—415 —dijo, señalando la puerta.

El número se fue haciendo grande.

Cuatro.

Uno.

Cinco.

Me quedé mirándolo. Sentí que me perdía en él. En lo que significaba.

La madera. El número. El metal frío de las cifras.

Salí corriendo. No usé el ascensor. Mis piernas necesitaban sentir el golpe contra los escalones. La fricción. El impacto que me recordara que seguía siendo materia.

Llegué a la calle. Había un viento helado.

Me detuve en el andén de siempre. Miré hacia arriba. La luz del cuarto piso estaba encendida.

Empecé a contar.

Una.

Laura.

Dos.

Martina.

Tres.

Luna.

Cuatro.

Violeta.

En ese momento, una sombra se movió desde el fondo del pasillo y se detuvo en el centro.

Las abrazaba a todas.

Estaba de pie, mirando hacia abajo.

Hacia el andén donde yo estaba.

Retrocedí un paso.

Empecé a ver borroso.

Mis rodillas lo supieron antes.

Sentí que la enorme sombra se abalanzó sobre mí.

Caí al suelo.

—No son cuatro, es una—

No son cuatro, es una.

Me lo repetí varias veces hasta que perdí la conciencia.

56

Desperté en el supermercado sin entender qué había pasado. El silencio era demasiado limpio, como si alguien lo hubiera dejado listo para ser usado otra vez.

Empecé a mirar los estantes desconfiando de la realidad.

No son cuatro. Es una. No dejaba de repetírmelo.

En mi mano había un recibo arrugado del supermercado y una bolsa con carne congelada.

Las manos que compraron eso, no eran mías.

O sí eran mías.

Pero habían estado en otro lugar haciendo cosas que yo no recordaba.

Eso ya no me sorprendía, y era lo que más me asustaba.

Cuando intenté pararme, noté en el piso la marca de un par de zapatos pequeños. La recordé otra vez la niña que había olvidado.

Cerré los ojos.

—No fue mi culpa —susurré.

—Dejaste que se hiciera pedazos.

Dijo una voz en el pasillo.

El sonido no venía de alguien.

Abrí los ojos.

No había nadie.

57

Estuve durante horas dando vueltas por la ciudad. Cada vez que parpadeaba veía la marca de sus pequeños zapatos.

—Yo solo quería protegerla.

Pero la frase no se quedaba quieta. Se repetía distinta cada vez que la pensaba.

Yo solo quería protegerla.

Yo solo quería protegerla de ellos.

Yo solo quería… protegerla de mí.

Mis dedos se entumecían, no por el viento de la ciudad, sino por el plástico helado y pesado que llevaba en mi mano.

Y entonces escuché.

Clinc.

No venía de un lugar.

Venía de mi cabeza.

Clinc.

Retumbó en mi oído.

Clinc.

Sentí que algo se rompía en mi cabeza. Como si el sonido no entrara, sino que saliera de mí.

Me detuve.

No había vasos. No había restaurante. No había cocina.

En mi mano seguía la bolsa con carne congelada. En mi mente, la marca de los zapatos. En mis oídos…

Clinc.

No era Martina.

Era mi papá maltratandome con sus palabras.

Clinc.

Era mi hermana cerrandome la puerta de su habitación.

Clinc.

Eran mis tias y sus etiquetas dañinas.

Clinc…

Las profesoras llamándome con palabras que ni si quiera podía entender.

Clinc…

Clinc…

Clinc…

Cada sonido abría una escena, como si no terminaran nunca.

Por eso decidí que ella no debía estar más.

No hasta que mi mente fuera fuerte y firme.

Hasta que pudiera sostenerla para no soltarla nunca más.

.

Laura, con su alegría. No existe.

Luna, analítica y fría. No existe.

Violeta, imponente y calculadora. No existe.

Martina, estructurada y ordenada. No existe.

¿Quién me asegura que yo sí?

Me quedé en la acera. El clinc seguía. Ya no venía de afuera.

Venía del lugar exacto donde uno guarda lo que todavía no puede nombrar.

Pasé frente al restaurante.

No entré.

Por primera vez en meses, no entré.

No me atrevía a regresar al apartamento.

Y entonces lo escuché.

Lejos.

Clinc.

Era el sonido de los vasos. Esta vez sí venía del 415. Martina los lavaba así, con una precisión que hacía que el cristal sonara.

Siempre a la misma hora. Siempre el mismo ritmo.

Era ella.

Martina existe.

Martina lava los vasos así.

Ese es el sonido que hace Martina.

Seguí caminando. No miré atrás.

El sonido volvió.

Más cerca.

No había nadie alrededor. Ni pasos. Ni voces. Solo eso.

Clinc.

Martina existe.

Son cuatro, no una.

El sonido venía de adelante. Llegué al edificio. Me detuve en la acera.

Sentí el impulso de irme. De cruzar la calle. De no volver.

Pero el sonido ya no estaba afuera.

Estaba volviendo adentro.

Un paso.

Luego otro.

La puerta. El pasillo. La escalera. El cuarto piso. El apartamento 415.
Me quedé en frente, aterrado.

Clinc.

El sonido venía de adentro.

Martina existe.

58

Entré.

Clinc. Clinc. Clinc.

Alguien ordenaba los vasos en la cocina.

—¿Martina? —pregunté.

El ruido se detuvo.

Sentí una presencia.

—No, Daniel —respondió la voz.

Sentí mi propia respiración fuera de ritmo.

Era idéntica a la mía.

—Soy yo.

No me moví.

Me quedé ahí, parado frente a lo que siempre había sido.

.

Antes de que pudiera hacer algo, Martina apareció en el umbral.

Sentí que el cuarto se inclinaba hacia ella.

Su ropa estaba arrugada, su pelo desordenado.

La mujer que siempre sostenía todo, estaba soltando algo.

Se podía ver.

—Siéntate —ordenó.

Lo hice.

Había un hundimiento en el centro del sofá.

Al principio sentí miedo.

Pero el silencio se transformó.

Escuché un murmullo. Cientos de voces al mismo tiempo.

Susurros, gritos, risas infantiles, llantos ahogados.

Como si vinieran de las paredes.

Pero no venían de allí.

—Es la que lo habita todo —dijo Luna desde todas partes y desde ninguna.

Abrí los ojos.

Estaba solo.

Fui al baño. Me eché agua en la cara.

El reflejo estaba quieto, pero mis ojos cargaban algo que ningún libro podría ayudarme a nombrar.

Moví la mano.

Mi reflejo la movió también.

Pero el gesto no era mío.

Era de alguien que llevaba más tiempo en este cuerpo que yo. Apagué la luz.

En la oscuridad, el apartamento respiraba al mismo ritmo que yo.

59

Violeta estaba en el pasillo.

No la Violeta de la barra.

No la del vestido negro y el tequila.

Era otra.

De pie. Quieta. Sin estrategia.

Violeta sin su armadura era más aterradora que con ella.

Porque sin el negro.

Sin la distancia.

Era solo una persona. Sus hombros estaban caídos. No hacia adentro, como cuando alguien se protege.

Hacia abajo.

Como cuando alguien ya no tiene nada por qué luchar.

—¡Estoy harta! Tú eres el que creó todo este teatro para no tener que estar solo con lo que pasó.

—¿Qué fue lo que pasó?

Se acercó más. Por primera vez no me intimidó. Me aterrorizó.

—¿No te has dado cuenta?

—Nada de esto tiene que ver con ustedes. Le dije desconfiando de mis propias palabras

—Tiene todo que ver. ¡Nosotras no aparecimos de la nada!

60

—¡Yo no las necesitaba! —grité.

La frase se cayó sola. Se cayó porque era mentira.

Y las mentiras no se sostienen cuando existe una verdad.

Me tapé los oídos. No sirvió.

Violeta seguía hablando.

Las imágenes empezaron a proyectarse en las paredes.

Vi la mano soltándose.

El roce de sus zapatos contra el suelo encerado.

Y luego nada.

El silencio del supermercado tragándose su nombre.

—De verdad no fue mi culpa —susurré entre dientes.

—Lo sabemos —dijo Martina desde la cocina—. Daniel… el tiempo de mirar se acabó.

Me tapé los oídos.

Mientras el sonido de mi llanto se desvanecía, transformándose en una presión detrás del esternón

Volviéndose parte de mi anatomía.

61

Esa noche el 415 se hizo mi apartamento.

Las paredes se acercaron. Los muebles eran los míos. El aire olía igual.

Vi a una.

Las vi a las cuatro.

Sentadas en mi salón. Ocupando mis sillas. Respirando mi oxígeno.

No hablaban entre ellas.

Tampoco había silencio.

En el centro había un espacio vacío.

El único lugar que no tenía dueño.

Todos los demás ya tenían un nombre.

Ese no.

Ese me esperaba.

—Vas a empezar a sentir. Dijo ella.

La frase se quedó en el centro del salón.

No se movió. No se fue.

—Es hora —dijo, cerrando el manual de psicopatología que yo había dejado sobre la mesa.

El sonido del cierre fue más fuerte de lo que debería.

—¿Qué quieres de mí?

Silencio

Sentí que las cuatro me miraron al mismo tiempo.

—Que ocupes el lugar correcto.

No dije nada.

Porque el lugar correcto era el único que nunca había tenido nombre.

Y nombrarlo significaba empezar a habitarlo.

62

Me obligó a sentarme.

—Cierra los ojos —ordenó.

Ya los tenía cerrados.

El murmullo volvió. Pero esta vez más cerca. Desde adentro.

—¿La escuchas? —dijo

—¿Qué está diciendo?

El murmullo se cortó de golpe.

Y en ese silencio exacto, en ese espacio donde antes había ruido, ahora había llanto.

No de una voz nueva. Era el dolor de una voz antigua. La primera que aprendió a callar.

Antes que las otras cuatro.

Mucho antes.

Me quedé quieto. El llanto no tenía nombre todavía.

Pero el cuerpo sí.

63

—¿La quinta? —pregunté.

Nadie respondió.

Algo había cambiado en el apartamento.

No en los muebles, no en el aire.

En mí.

Mi corazón no palpitaba a la misma velocidad, mi piel parecía más delgada y mis manos más suaves.

Y, con cada minuto sentía que me hacía más liviano.

Me eché agua en la cara y me quedé mirando el espejo.

Me veía diferente.

Apagué la luz.

En el espejo oscuro todavía había alguien.

Acompañándome.

64

Me miré las muñecas bajo la luz de la cocina.

La piel parecía lisa.

Pero yo sabía que debajo había un mapa que solo yo podía leer. Las cicatrices de mi adolescencia, cuando el mundo era demasiado ruidoso para existir en él sin anestesia.

No lo hacía para morir.

Lo hacía para no desaparecer del todo.

Para recordar que tenía un cuerpo.

Que no era solo una idea que flotaba.

Recuerdo el dolor de cada línea, la frustración de no saber por qué lo hacía, pero no dejar de hacerlo.

Lo que quedaba cuando terminaba.

Antes de lavarme.

Después.

Recuerdo cubrir mis manos porque sentía vergüenza, pero a la vez sentía que todo tenía un sentido.

Tenía una parte de mí que podía cuidar, controlar durante el proceso.

La piel sana, la piel herida, el cuerpo haciendo todo para arreglarlo.

Por momentos me quedaba mirando el cambio en los colores, las formas. Sintiendo las texturas al pasar mis dedos por la piel cicatrizando.

—¿Te duelen? —preguntó Luna desde el rincón más oscuro de la sala.

No físicamente.

Apoyé las palmas sobre la mesa fría.

.

Antes de las líneas tuve un diario en el que escribía todo lo que me molestaba.

¿Por qué el ruido de la cafetería es insoportable, pero el ruido de la lluvia no?

¿Por qué las luces blancas me molestan más que las cálidas?

Escribía los patrones de cómo se formaban los grupos en el recreo, el número de veces que la profesora me regañaba, contaba los días que faltaban para salir a vacaciones y los marcaba en la esquina del tablero.

El mundo siempre había sido demasiado literal, demasiado impredecible, demasiado ruidoso.

Pero escribirlo lo hacía manejable.

65

El apartamento se quedó quieto. Y en ese quieto llegó lo de siempre: el pasado. No como un recuerdo, sino como un inquilino reclamando su habitación.

A los quince años aprendí que el silencio podía ser un arma de doble filo.

Mi papá era el ruido.

Así que busqué la oscuridad. Creí que, si no había luz para verlo, él dejaría de doler.

Una noche decidí que lo iba a sacar de mi vida para que no pudiera hacerme más daño.

Hice una cruz con dos palos de madera y la amarré con una pañoleta vieja, apretando los nudos hasta que me dolieron los dedos.

No era religión. Era una despedida.

Me metí bajo la cama. El olor a polvo y madera vieja me llenó los pulmones.

Era un espacio pequeño y rectangular. Cómo una tumba.

—Aquí te entierro —susurré, y mi voz sonó hueca contra el suelo— . Ya no existes. Ya no me haces daño.

Puse la cruz sobre el piso frío.

Desde hoy estás muerto para mí.

Cerré los ojos, esperando que el mundo se apagara.

Y por un momento funcionó, el ruido de mi papá desapareció.

Pero el vacío no se queda vacío por mucho tiempo.

Al amanecer, el aire en mi habitación cambió, se volvió insoportable, asfixiante, como si alguien más estuviera tratando de acaparar mi oxígeno.

—Míralo, cómo duerme —dijo una voz encima de mí.

No era una voz de este mundo. No tenía garganta. Era un sonido ligero, como si el aire mismo estuviera aprendiendo a hablar.

—Tan tranquilo —le respondió otra.

Me quedé petrificado. Mis ojos abiertos, fijos en el techo blanco, asegurándose de que no estuviera soñando.

Esas voces hablaban de mí, pero no conmigo. Me describían como quien describe una casa abandonada.

En ese momento lo entendí: ya no era una persona.

Era un espacio disponible. Un territorio donde algo —o alguien— podía entrar.

Y lo que entró no fue extraño. Fue lo que siempre estuvo ahí, esperando que el miedo dejara suficiente espacio para que cupiera.

Salí corriendo. Dormí en el cuarto de mi mamá durante varios días, jurando que nunca más miraría hacia la oscuridad.

Pero el daño ya estaba hecho. La cruz no enterró a mi papá, la cruz rompió el suelo, y la puerta que abrí bajo mi cama esa noche… nunca se volvió a cerrar.

El apartamento 415 volvió a congelarse.

Y reconocí ese tipo de quietud.

Es la quietud de una habitación que sabe que tiene invitados.

Caminé hacia mi cuarto.

Evitando mirar debajo de la cama.

66

Las sombras llegaron despacio.

Me empezaron a atormentar.

Llegaba del colegio, tiraba el maletín y me hundía en la cama. No era cansancio, era una necesidad constante de dejar de existir por unas horas.

Si estaba dormido no era la “adulta mala”, si estaba dormido no era el niño intenso.

Era nada.

Y la nada era el único lugar donde nadie me exigía.

Recuerdo despertarme en la penumbra con el rastro de las lágrimas que se habían secado solas. Llorar se había vuelto mi ruido de fondo.

Como el motor de una nevera que ya no notas hasta que se apaga.

—Danieeel, levántate —decía mi mamá casi cantando.

Pero yo ya no estaba ahí, mi cuerpo sólo ocupaba ese espacio en el colchón.

Siempre despertaba llorando.

—Mami, no quiero ir.

—Tienes que estudiar.

—Déjame dormir un poquito más.

Ella se iba a hacer el desayuno, yo cerraba los ojos esperando que el tiempo se volviera eterno, pero el reloj no se detenía.

—Mi amor, a desayunar.

—Ya voy.

Sabía que la vida me pasaba por el frente, recordándome que el tiempo nunca iba a regresar.

Pero mi mente estaba amordazada por la depresión.

Y a la depresión no le importa perder.

67

A veces, el peso de desperdiciar mi vida me cae encima sin aviso. El reloj marca las cuatro quince de la tarde y en un parpadeo ya son las diez de la noche.

Lo que más me aterra no es perder el tiempo, es saber que cuando me hundo, el espacio que dejo no se queda solo. Que alguien más se sienta en el borde de la cama.

Y empieza a vivir por mí.

Fui a la habitación que siempre estaba cerrada.

La cerradura giró sin resistencia, como si hubiera estado esperando este momento desde hace mucho.

Abrí.

Estaba vacía.

Excepto por una cosa.

En el centro del suelo, perfectamente alineados, había tres objetos.

Una caja de cereal de chocolate, la llave y un pingüino de peluche, sucio de cera.

—Aquí está. Dijo una voz.

No vino de afuera. No vino de ellas.

Pero tampoco sonó como yo.

Fue más tranquila.

Más completa.

Y no tuve miedo al escucharla.

Porque no era una voz nueva.

Era una forma distinta de la misma.

68

Me quedé en el umbral. No entré todavía.

No porque les tuviera miedo a los objetos, sino porque una parte de mí esperaba que no estuvieran ahí.

Que todo fuera un error de la luz, de mi percepción.

Un sueño disolviéndose en la irrealidad.

Pero el cereal seguía ahí.

Respiré.

Una vez.

Dos.

Entré.

Mis pies sabían dónde pisar para que el suelo no crujiera.

No lo había aprendido entonces.

Lo sabía de antes.

69

Me arrodillé frente a los objetos.

No los toqué, todavía no.

El cereal, la llave, el pingüino de peluche.

Tres cosas.

El número que alguien contaba en silencio cuando el mundo se desmoronaba.

—No lo hagas —dijo Martina.

Otra vez tenía el pelo enredado, el rostro demacrado.

La mujer estructurada se estaba rindiendo.

Nunca la había visto así.

Sin la agenda, sin el cuchillo limpio, sin el orden que la definía.

Solo ella, sosteniendo lo que ya no podía sostener.

Sin saber qué hacer con las manos vacías.

—Si los tocas, la memoria deja de ser una idea que puedes estudiar. Se convierte en realidad. Y la realidad duele más que cualquier pensamiento.

Miré el pingüino.

La miré a ella.

Estiré la mano.

Y tomé el peluche.

70

Me levanté despacio, mis rodillas golpearon el suelo de madera, pero el sonido me llegó desde muy lejos.

El peluche seguía en mis manos, estaba húmedo, pesado como una piedra.

Caminé hacia la salida de la habitación de invitados, arrastrando los pies sobre la alfombra.

Las cuatro estaban en el umbral, alineadas, quietas.

No decían nada, no hacía falta.

Miré a Laura. Su amarillo estaba apagado.

Miré a Violeta. Su rabia no sostenía nada.

Miré a Martina. No tenía nada para organizar.

Miré a Luna.

—Va a pasar. —dijo.

Su frase me dejó temblando.

El peluche en mi mano empezó a latir.

Y ya no pude soltarlo.

71

—¡Daniel!

Era una voz afuera, cargada de una angustia que me desgarró los oídos.

Me giré.

Solo vi sombras.

Sombras que se movían entre las estanterías como un mismo organismo.

Cuatro sombras.

—La soltaste —dijo.

Sentí que las piernas me fallaban.

—No quería que sufriera— grité.

—Pero la dejaste sola.

—Porque no sabía cómo sostenerla.

Laura apareció a mi lado.

No era la mujer alegre de siempre.

—Ella te sigue esperando, Daniel.

—¿Quién?

—La niña que dejaste.

Cerré los ojos.

Vi la mano pequeña, el pasillo cuatro.

Sentí el frío del piso, y el momento exacto en que dos manos que debían estar unidas se separaron.

—Ella nunca se fue. Se escondió entre los pasillos.

72

No pude más.

Caí de rodillas.

El agua empezó a subir.

Fría.

Oscura.

Me llegó a las piernas, luego a la cintura.

Empezó a subir por mi pecho y respirar empezó a doler.

El pingüino flotó frente a mi cara, girando lento, como si el tiempo también se hubiera quedado atrapado en el. Y entonces…

la escuché.

La sentí primero en la garganta, como un nudo que no era mío, como si algo estuviera empujando desde adentro.

Pequeña.

Frágil.

Cantando algo que yo sabía… pero mi cuerpo evitaba reconocer su melodía.

El agua empezó a taparme la cara.

El pasado dejó de ser recuerdo.

Abrí la boca para tomar aire y la voz entró conmigo.

El canto seguía y no venía de un lugar.

Me estaba atravesando todo.

73

El agua entró en mi boca, era amarga.

Intenté nadar, mis pies estaban atrapados en el lodo que subía desde las baldosas.

Las estanterías empezaron a tambalearse, las cajas de cereal golpeaban el agua como piedras.

—¡Suéltalas!

Gritó Laura desde arriba. Estaba sentada sobre una de las estanterías que aún resistía

—Daniel¡Suelta las cajas y nada!

—¡No puedo!

Tragué agua.

—Si las suelto…

El peso de las cajas me hundía y no me permitía hablar.

El agua siguió subiendo.

Y entonces dejó de ser agua.

Se volvió pasillo.

Blanco.

Frío.

Las estanterías ya no eran estanterías, eran filas largas de productos que no terminaban nunca.

Tomé aire… o lo que fuera eso.

Y lo vi.

El pasillo cuatro, las luces blancas encima, el sonido de los carros a lo lejos.

Intenté moverme, pero seguía atrapado, las cajas de cereal ya no estaban en mis manos, estaban en el suelo del supermercado.

Las personas alrededor me miraban, y yo no entendía lo que estaba pasando.

Alguien me llamó desde atrás.

Un sonido pequeño.

Lejano.

—No la sueltes. —dijo Laura.

Pero su voz ya no venía de arriba, venía del pasillo, o de mi cabeza.

No lo supe.

Y el agua… el suelo… la memoria… siguieron subiendo dentro de mi cabeza.

74

La mano.

Nuestras manos.

El momento exacto en que algo que debería estar unido dejó de estarlo.

La recuerdo ahora con una claridad que me quema los dedos.

Era pequeña, su piel suave, las uñas un poco mordidas.

Estábamos frente a la estantería de los dulces cuando sentí el jalón.

No fui yo quien la soltó, no fue ella la que se fue.

Fue el miedo el que se la llevó.

75

El agua en mi cabeza empezó a bajar.

Pero no del todo.

Se quedó en las grietas.

En las esquinas.

En la respiración.

El peluche en mis manos empezó a disolverse. El llanto de Laura intentó cubrirlo, pero no pudo.

El agua terminó de retirarse, pero llegó el cansancio.

Me quedé sentado en el suelo mojado de la habitación de invitados.

Ya no había estanterías, las tres cosas seguían ahí, y el silencio de mi apartamento volvió a ser real.

Miré el pingüino, el botón que servía de ojo se desprendió.

Cayó al suelo.

Sonó como un pequeño clinc.

76

La vi parada en el umbral de la puerta, no se le veía la cara. La luz del pasillo le daba por la espalda. Su sombra se proyectaba larga sobre el suelo, llegando hasta mis pies.

Ya no cantaba.

—Te abandoné todos estos años.

Me miró a los ojos.

Pude ver sus pupilas, dulces y redondas, haciéndose cada vez más grandes.

—Espero que no sea muy tarde.

Cerré los ojos y todo lo demás dejó de existir.

.

Desperté en el suelo, era de madrugada y la puerta seguía abierta.

Sentí su presencia antes de verlas.

Mi mejilla estaba pegada a la madera fría.

Había tanta paz que asustaba. nadie hablaba.

Me incorporé, y entonces la vi otra vez.

Ahí.

Solo ahí.

Con la mano extendida.

La que yo había soltado hacía casi veinte años.

La tomé.

Pero no sentí la mano de una niña.

Sentí el calor en mi propia mano.

77

—Hola —dije, hablando al vacío del salón.

Nadie respondió.

Lo intenté de nuevo.

—Hola.

Silencio.

Me giré.

Las cuatro seguían ahí.

—¿Por qué no responden?

—Porque ya no vamos a estar junto a ti —dijo Violeta.

Lo dijo sin enfado.

Sin ironía.

—Entonces ¿dónde van a estar?

No respondieron, pero no hizo falta porque en ese momento algo en el centro de mi pecho se apretó.

—¿Cuándo? —pregunté.

Laura dijo: ya.

Luna dijo: hace tiempo.

Martina no dijo nada.

Violeta se dio la vuelta.

Las cuatro tenían razón.

Las cuatro decían cosas distintas.

Pero al final, era la misma cosa.

78

Esa noche no dormí, sentía que alguien que amaba, se iba al amanecer.

No quería cerrar los ojos.

Quería mirarlas.

Guardar cada cosa.

La forma en que Laura se reía.

La mirada de Luna cuando analizaba.

El modo en que Violeta ocupaba el espacio, incluso cuando no hacía nada.

La manera en que Martina ordenaba el mundo a su alrededor.

Quería guardar todo eso, porque sabía que lo que venía después no iba a verse igual.

Iba a sentirse diferente.

Aunque también más real.

79

Tenía esa sensación en el pecho que no se quita.

Como cuando alguien que conoces de toda la vida cambia de forma dentro de ti.

No era pérdida.

Era transformación.

De la que duele, porque no puedes controlar la forma que toma.

La forma en la que se va.

Una presencia que ya no ocupa el salón.

Ocupa el espacio que hay entre el corazón y los pulmones.

Y tenerlas ahí, tan cerca, significaba que ya no podía fingir que eran otra cosa.

—Esto duele.

Ninguna me respondió.

Pero sí.

Dolía.

80

A la mañana siguiente me quedé en la cama más tiempo del necesario.

No quería levantarme, porque levantarse significaba empezar el día y empezar el día significaba comprobar si lo de anoche era real. Si el silencio iba a seguir ahí, si ellas iban a estar o no.

Las dos respuestas me daban miedo.

Cuando por fin me levanté, fui directo a la cocina.

Herví agua.

No la tomé.

Me senté en el suelo, con la taza en las manos, hasta que se enfrió.

El día pasó así.

En pedazos pequeños de intentar.

Preparé chocolate caliente. Me senté en la mesa. No lo tomé.

Me quedé mirando la taza, el vapor subiendo, desapareciendo.

Me senté en el suelo.

En el centro.

Y esperé.

No sé cuánto tiempo.

Solo sé que el día se hizo noche, y el apartamento se sintió diferente. Como una habitación después de que alguien recoge sus cosas, y su olor no se va con el.

81

Las cuatro aparecieron en medio del salón oscuro.

No se movían.

Encendí la lámpara que colgaba sobre el comedor.

Las miré una por una.

Laura no estaba amarilla como el sol. El color se le deshacía en la piel, como si ya no quisiera brillar.

Violeta no ocupaba todo el espacio como siempre. Estaba apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, tratando de ocupar menos espacio.

Luna miraba al suelo. Sus dedos se movían dentro de la manga del buzo. El mismo ritmo de siempre. Pero más lento.

1 2 3 4 5

5 4 3 2 1

Martina estaba en el piso, abrazando sus rodillas.

—¿Las voy a volver a ver? —pregunté.

Nadie sabía responder.

Luna se paró.

—No de la misma manera.

El silencio que siguió no fue tranquilo. Fue el tipo de silencio que aparece cuando algo cambia y nadie quiere nombrarlo todavía.

Elegir es otra forma de perder.

Y sabía que las estaba perdiendo a ellas.

82

—¿Y ahora qué? —preguntó Martina.

—No lo sé —respondí.

—Siempre tienes un plan —dijo ella.

—No. Tú siempre tienes un plan. Yo solo los sigo.

Se quedó callada.

Y en ese silencio ocurrió algo que no esperaba.

Martina se acostó en el suelo. Sin verificar si estaba limpio. Sin alinear nada. Solo se acostó.

—¿Va a doler? —preguntó.

— Ya está doliendo

Escuché a Laura llorar.

—ya no hay vuelta atrás. ¿No es así?

Era la primera vez que Martina preguntaba algo sin tener ya la respuesta. La primera vez que el control cedía lo suficiente para dejar entrar una duda.

Me acosté a su lado.

En el suelo duro.

Frío.

Estábamos ahí.

Sin ordenar.

Sin planear.

Sin sostener nada más que el silencio que nos separaba.

—Cuatro más uno no siempre es cinco —dijo Laura. Acurrucada en el sofá mientras lloraba.

Ninguna respondió.

Pero lo entendimos.

83

Fui al cementerio.

Llevaba en mis manos el pingüino y cuatro flores.

Una amarilla, una rosa, una azul y una verde.

En el bolsillo izquierdo, la llave con la letra M.

No supe por qué la llevé.

Ahora lo sé.

Los caminos de piedra gris, el olor a tierra mojada y flores muertas. El sonido de mis pasos, demasiado fuerte para un lugar que pide silencio.

Me detuve frente a una tumba pequeña.

No era de alguien que murió.

Era de alguien que nunca pudo vivir.

Cuando llegué, ya había flores.

Marchitas.

Como si llevaran semanas ahí.

Había una lápida pequeña con una frase grabada:

“Hay ausencias que ocupan toda una vida.”

Debajo, casi enterrada, una cajita metálica, pequeña, con cerradura.

Metí la mano al bolsillo.

La llave entró sin resistencia.

Como si siempre hubiera sido para esto.

Laura tenía razón.

No abría puertas.

Abría memorias.

Y las memorias estaban ahí, esperando.

Parte III

“Cinco”

84

La abrí.

Adentro había cartas.

Muchas.

Dobladas con cuidado.

Con la misma letra.

La mía.

Firmadas igual: Daniel.

Sentí frío en las manos.

Mi corazón empezó a palpitar a mil.

Las reconocí sin haberlas visto nunca.

.

Saqué solo la primera.

La más antigua. El papel estaba amarillo en las esquinas.

No sé bien quién soy. Solo sé que llegué y que algo en mí sabe que tengo que quedarme.

No para hablar.

Para mirar.

Para guardar.

Hoy la vi reír. No sé si ella sabe que puede hacerlo. Creo que no.

Voy a seguir mirando. Por si alguien necesita saber que esto ocurrió. Que ella existió. Que fue real.

—Daniel.

La doblé. La guardé en el bolsillo.

Cerré la caja con la llave.

Todavía no. Aún no estaba lista para leerlas todas.

Pero sabía que iban a estar ahí cuando lo estuviera.

85

Me arrodillé frente a la tumba.

Había estado aquí antes.

Sin saberlo.

Una de nosotras lo sabía mucho antes de que yo pudiera verlo.

.

Puse el pingüino sobre la piedra.

Las flores nuevas junto a las viejas.

—Ya estoy aquí —susurré—. Devolviéndote el lugar que tomé prestado.

El viento movió algo entre los árboles. No fue una señal.

Solo el viento.

Me quedé de todas formas. Un poco más.

.

No lloré en el cementerio.

Lloré en el camino de vuelta.

En la mitad de la calle.

Sin aviso.

Las lágrimas llegaron solas.

Sin detonante.

Sin que ninguna voz las mandara.

Solo salieron.

Me detuve en la puerta del restaurante.

Las dejé salir.

El mesero al fondo me miró. Era el mismo bar de siempre. La misma ventana.

Me reconoció. Lo vi en la forma en que dejó de moverse un momento.

No se acercó.

Pero, antes de que siguiera caminando, levantó una mano.

Solo eso.

Un gesto pequeño. No dije nada.

Él tampoco.

Seguí.

Llorando y caminando al mismo tiempo.

Me detuve en la esquina.

Para respirar.

El aire de la calle olía a chocolate de algún lugar cercano.

Pensé en todas las veces que había caminado por esta misma calle sin sentir nada de esto.

El frío en la cara, el peso de lo que cargaba.

Seguí caminando.

Sin parar.

Sin importar quién mirara.

No te detienes para sentir.

Sientes mientras sigues.

86

Estaba en mi habitación.

No recordaba a qué hora había llegado. Me levanté despacio sin tocar el piso.

Fui a la ventana.

La que daba al edificio. La ventana del apartamento 415 estaba oscura. La miré un momento largo.

De pronto vi mi reflejo alejándose del vidrio.

Recordé la frase de Laura.

—4+1 no siempre es 5.

—4+1 no siempre es 5. —Esta vez lo dije más duro, pensando que así lo iba a entender.

Empecé a ver los objetos borrosos. Los sonidos se empezaron a escuchar lejanos y no podía diferenciar a qué pertenecía cada uno.

No sentía conexión alguna con mi cuerpo.

Con mis propias sensaciones.

Fui al baño y me miré al espejo, pero no me reconocí.

Mis manos no parecían mías. Mi rostro tampoco.

Estaba abandonando mi cuerpo, y no sabía si era un sueño o estaba pasando de verdad.

.

Vi a Violeta venir hacia mí.

Con rabia.

Me pegó en la cara. No me moví.

—¿No te dolió? —dijo frustrada.

Me pegó más fuerte.

—¡Violeta! —gritó Laura—. ¡No le pegues!

—¡Es mi maldito problema!

—¡Lo que es tu maldito problema es el maldito problema de todas!

Luna abrió los ojos. Perpleja. Nunca había visto a Laura hablar así.

—Ustedes siempre están haciendo de mi mente un caos.

—Tu mente es un caos, aunque nadie hable. Pareces de otro planeta. —Dijo Violeta.

—Ojalá. Para irme lejos.

Laura miró a Luna.

—¿Tú también te quieres ir?

Luna se puso los audífonos, tomó su libro azul de papel y desapareció entre el pasillo.

—¿Te das cuenta de lo que hiciste, Violeta? Ahora Luna se va a ir y yo me voy a quedar sola y no voy a tener con quién hablar. Me voy a morir de soledad porque Martina no tiene sentimientos y tú ¡estás loca!

—Todo es culpa de Daniel.

—¿Por qué mía?

—Porque a ti no te importa dejarnos. —Dijo Violeta entre rabia y llanto.

Se fue a su habitación y azotó la puerta.

—Martinaaaaa. Todas se volvieron locas.

—No me importa. —Dijo desde la cocina.

Laura me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Pues entonces a mí tampoco me importa! —Corrió hacia su habitación y cerró la puerta.

Segundos después la volvió a abrir.

—¡No la cerré lo suficientemente duro!

La azotó con tanta fuerza que sentí que un pedazo del techo iba a caer sobre nosotros.

Martina no se inmutó. Estaba en la cocina como siempre.

Pero no cortando.

Miraba a la nada, como si fuera lo único que había.

—Oye. —Le dije.

—¿Qué?

—¿Tú también crees que no me importa?

—No puedes seguir actuando como si no lo supieras. —Dijo.

—Para mí siguen siendo cuatro. —Respiré con fuerza.

—Pero cuatro más uno no es cinco. Es uno.

La sensación de irrealidad se hizo más fuerte.

No quería dejar de verlas para verla a ella.

—¡Cuatro más uno es cinco! —Grité con todas mis fuerzas.

Martina desapareció.

La cocina desapareció. El edificio ya no estaba.

—¿Qué está pasando conmigo? —Me derrumbé sobre el cemento.

87

Esa noche soñé con la voz de una mujer.

Su voz no era fuerte, pero tampoco dejaba espacio para las dudas.

Tenía una cadencia serena, apenas monótona, como si no desperdiciara una sola palabra.

Era dulce y tierna, con esa suavidad que no exige nada y, aun así, logra desarmar todas las defensas.

Hacía pausas precisas entre cada frase, como si hubiera convivido con cada palabra lo suficiente para saber exactamente cuándo soltarla.

Bastaba escucharla una vez para sentir que todo, por fin, estaba en su lugar.

.

Cuando desperté, Sentí que la que hablaba en el sueño era yo.

Pero no recordaba lo que dije.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. El alma me dolía de verdad.

88

Abrí la ventana.

A lo lejos, vi a Pegaso.

Salí del apartamento y bajé por el ascensor.

—Buenos días, señorita, dijo el conserje.

—Buenos días, señorito.

Se rió

Corrí hacia el parque y me senté en la banca.

Pegaso se subió en mis piernas y empezó a revolcarse, frotandose contra mi ropa.

—Niño mimado.

Puse mi mano entre su lomo y su cola y lo levanté haciéndolo bolita.

Inmediatamente sentí la calma de Luna. Esa forma de aislar al resto del mundo para enfocarse en lo que de verdad le importa.

Pegaso se recostó en mi pecho, cerca de mi corazón y empezó a ronronear.

—Ahí está Luna.

Ronroneo más fuerte y cuando intento ponerse patas arriba se cayó de la banca.

Reí

—Eres un Michi travieso.

Abrió los ojos muy grandes para mirarme.

—¿Te gustaría vivir conmigo?

Su pupila empezó a formar una línea vertical en medio del azul de su iris.

Me lamió la pierna.

___ ¿eso es un sí?

Lo volví a cargar.

Y esta vez no lo volví a soltar.

.

Mientras subía, una puerta se abrió en el pasillo. Era el vecino del 412.

Miró a Pegaso. Me miró a mí.

— los gatos negros son de buena suerte

—lo sé

—¿cómo se llama?

—Pegaso. Le puse ese nombre porque una vez estábamos en el parque y nos acostamos a mirar el cielo. En ese momento se me ocurrió que debía llamarse como una constelación. ¿Te gusta el nombre?

—Mucho.

—¿Sabías que Pegaso está formado por estrellas que se encuentran dentro de nuestra propia galaxia?

—No lo sabía.

—Bueno, nos vamos. Chao

Entré al apartamento, solté al Michi despacio para que conociera su nuevo apartamento.

Como si ya conociera el lugar, caminó directo hacia mi habitación y se acurrucó en la cama.

—¿ya conocías mi casa?

Me acosté junto a él y entonces vi las estrellas del techo.

Empecé a recorrer la habitación con los ojos, mostrándole cada detalle.

—Mira, cada una de ellas está en una parte de mi habitación.

Pegaso se había quedado dormido.

89

Eran las 4:15 a. m.

Me desperté asustada.

Me quité la cobija y Pegaso salió volando hasta la otra esquina de la cama.

— Perdón, no me acordaba que tenía un gato.

Lo abracé.

Habían vuelto las pesadillas.

En ese momento llegó Laura.

No entró por la puerta.

Llegó como una sensación en las manos.

Un impulso.

Moverme.

Buscar.

La reconocí antes de entender qué quería. Mis pies me llevaron a la sala. Mis manos fueron directo debajo de la cama.

Las pinturas.

Las suyas.

Las que había guardado ahí sin saber por qué.

Las saqué todas.

Los colores cayeron al suelo como algo que llevaba tiempo esperando.

No pensé.

Abrí.

El sol apenas empezaba a salir. Me puse una camiseta vieja.

El pincel contra la pared blanca de la sala.

Un trazo.

Después otro.

Laura no pedía permiso para traer color al mundo.

Nunca lo había hecho.

Un unicornio sin proporciones.

Un cielo que no era de ningún color conocido.

Estrellas que eran más manchas que estrellas.

Todo sin pensarse mucho.

Exactamente como ella.

Pinté durante horas.

Su música sonando bajito en el parlante pequeño —ese que cabe en cualquier bolsillo y no le pide permiso a nadie para sonar—.

Lloré mientras pintaba.

La reconocía en cada trazo.

Sabía que estaba ahí.

En mis manos.

En el color.

En la forma en que los gaticornios salieron torcidos y perfectos al mismo tiempo.

La reconocía y no podía mirarla.

Su presencia ya no tenía cara.

Aunque su mundo ahora estaba en mi pared.

90

Pasé días sin salir del apartamento.

El michicornio me hacía sentir acompañada.

Bajé a buscar el correo.

El conserje estaba en su puesto. Me miró de la misma manera que siempre. Como si no hubiera pasado nada. Como si yo fuera exactamente la misma persona que había entrado hace algunos días.

La mayoría del tiempo quería estar acostada.

A veces el techo era solo el techo.

A veces me recordaba lo que había perdido.

Otras, lo que había ganado.

Y no sabía cómo cargar con las dos cosas a la vez.

.

Pasaron los días.

Empecé a hacer planes.

La agenda abierta desde las seis de la mañana.

Alarmas cada hora.

Listas de propósitos.

Para la semana.

Para el mes.

Para el año que viene.

Para los cinco años siguientes.

Todo ordenado.

Todo anticipado.

Todo bajo control.

Menos ese día.

Que pasó sin que yo lo viviera.

.

Me di cuenta una noche. El planeador lleno. La agenda sin un espacio vacío.

Y yo, sin un solo recuerdo de lo que había sentido ese día.

Solo sabía lo que iba a pasar mañana.

Y el día siguiente.

Y el siguiente.

—Martina —dije en voz baja.

El silencio respondió de la única manera que Martina sabe responder: con orden, con estructura, con la próxima tarea lista.

—Sé que necesitamos orden —dije—. Sé que los propósitos importan. Que planear es una forma de cuidarnos.

Hice una pausa.

—Pero no podemos permitir que el presente se nos vaya.

Silencio.

—Que la vida nos pase por los ojos mientras esperamos el futuro.

Cerré la agenda.

Martina no protestó.

Ella siempre protestaba.

Siempre tenía una razón.

Siempre tenía algo más que decir.

El silencio de Martina era la primera señal de que algo en ella también estaba cambiando.

Me quedé ahí.

Sin planear nada en muchos días.

Sin anticipar.

El sonido del apartamento, el aire, el ahora que siempre había estado ahí.

Esperando que alguien se quedara a vivirlo.

91

Violeta fue la más difícil.

Porque Violeta no se quedó quieta.

Hubo una tarde en que sentí rabia. Sin razón aparente. Sin un detonante claro.

Solo esa intensidad suya, que no conoce punto medio, que de repente era mía sin que yo la hubiera elegido.

Me puse de pie. Caminé de un lado al otro del salón. Sentí que necesitaba gritar.

Lo hice en mi almohada. Me senté en el suelo.

Apoyé la espalda contra la cama y le hablé en voz alta, al aire de la habitación.

—Oye. Sé que estás.

Silencio.

—No tienes que irte. Solo tienes que… venir diferente.

El silencio que siguió no fue vacío. Fue un silencio que escucha.

Y entonces la rabia bajó un poco.

No desapareció.

Bajó.

Violeta me estaba escuchando.

.

Fui al restaurante sola.

Sin el vestido negro.

Sin los tacones.

Sin nada que dijera: mírenme.

Me senté. El mesero llegó. Me miró un momento largo y sonrió.

—¿Hoy quién eres? Pareces todas y, a la vez, ninguna.

No lo pensé.

—Soy yo —dije—. Solo yo.

Volvió a sonreír.

—¿Qué vas a pedir?

—Un cheesecake de fresa y una botella de agua.

¡Y un tequila!

La frase salió sin permiso.

.

Dos hombres llegaron.

Se sentaron cerca.

Hablaban fuerte, reían.

Sentí algo encenderse.

No era yo. Era ella. Me quedé tranquila.

Cuando llegó el pedido tomé el tequila, sostuve la copa un momento.

—Por ti —dije en voz baja—.

Por la que aprendió a ocuparlo todo para no desaparecer.

Por la que creyó que su valor vivía en los ojos de los demás.

Por la que nunca supo que era suficiente.

Me tomé la mitad.

Sentí el tequila bajar por mi garganta, calentar mi pecho y extenderse hasta mis manos.

Los hombres no me miraron.

Y no pasó nada.

El mundo siguió igual.

Yo seguí siendo real.

Me terminé el tequila despacio.

Esta vez quemó menos.

Me comí el cheesecake. La fresa dulce y fría.

Violeta seguía ahí.

Pero ya no necesitaba que la vieran para existir.

Solo estaba.

Como todas.

Conmigo.

92

Luna fue la que más tiempo tardó.

O quizás fui yo la que tardé en reconocerla.

Estaba en el supermercado cuando la sentí.

El ruido de los carros contra el suelo. La luz blanca de los pasillos, tan blanca que me hacía daño. La conversación de dos personas detrás de mí, que no podía filtrar. Los ladridos de los perros fuera del supermercado. Un bebé llorando unos pasillos atrás.

Todo llegando al mismo tiempo.

Demasiado.

Me detuve frente a la sección de libros.

Apoyé una mano en el estante.

Y conté.

1, 2, 3, 4, 5. 5, 4, 3, 2, 1.

No lo había hecho nunca antes. No conscientemente. Pero mis dedos sabían cómo regularme.

Cuando terminé, el ruido seguía.

Pero yo seguía siendo yo dentro de él.

Me puse los audífonos y le dije gracias en silencio.

A la parte de mí que aprendió a sobrevivir al ruido y a la luz demasiado blanca. La parte de mí que aprendió a contar cuando todo era demasiado.

Empezó a oscurecer. Ese momento donde no es de día ni de noche, y el viento es frío y melancólico.

Recordé lo que Luna siempre decía.

"*La noche es más oscura justo cuando ya va a amanecer.*"

93

La noche que lo entendí de verdad no fue una noche especial.

Era tarde. Había lavado los platos. Me había cepillado los dientes. Me había mirado al espejo sin buscar algo en particular.

Y, de repente, sin anuncio, sin preparación, lloré otra vez.

No de tristeza exactamente. De algo que no tenía nombre todavía.

Algo que era, al mismo tiempo: gracias porque sobreviví. y lo siento porque fue necesario que sobreviviera así.

Lloré un rato largo.

Pegaso se acostó a mi lado y me empezó a lamer.

Me paré al baño. Me miré en el espejo. Claro y nítido.

Y dije:

—Hola.

Esta vez nadie respondió desde afuera.

Pero algo adentro, algo que llevaba mucho tiempo sin moverse, se acomodó.

Solo un milímetro.

Pero se acomodó.

Y un milímetro cuando llevas años sin moverte es suficiente.

94

Me desperté al amanecer.

Esta vez eran las 5:14 am

El impulso llegó antes de que me diera cuenta.

El sistema antiguo.

¿Estará encendida la luz del 415?

Quise pararme a ver, pero me quedé quieta en la cama.

Consciente de lo que estaba pasando, sin pelear contra ello.

El impulso siguió ahí.

— Déjame levantarme a mirar.

—No —dije en voz baja.

Elegí no hacerlo.

Y esa decisión lo cambiaba todo.

Entre sobrevivir y vivir.

Entre aguantar y quedarse.

Una diferencia, pequeña, pero la única que importaba en ese momento.

Me quedé en la cama. El impulso tardó en irse.

Tardó mucho.

Pero me quedé.

95

Ese día no escuché ruidos en la cocina. No hubo sombras en el pasillo. No hubo reflejos que no fueran míos.

Hubo algo distinto.

Dentro.

Un coro que todavía no sabía cantar la misma canción. Que tenía notas falsas. Que a veces empezaba en momentos equivocados. Que a veces no llegaba cuando lo necesitaba.

Pero que era mío.

Todo mío.

.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Martina desde adentro.

Su voz sonaba diferente.

Hubo un silencio largo. El tipo de silencio que no espera respuesta.

Que exige una.

—Vamos a vivir —respondí.

—Difícil, cuando vives atrapado en la cabeza de alguien —dijo Violeta.

No intenté convencerla de lo contrario.

—¿Sin reglas? —preguntó Luna.

—Con las que vayamos aprendiendo.

Laura no dijo nada.

Pero sentí sus manos.

La necesidad de moverse. Le di permiso.

Me levanté de la cama y caminé hacia la cocina sin saber exactamente por qué.

Eso también era nuevo: dejar que el cuerpo me llevara sin tener que entenderlo todo.

96

Dormí un poco.

El impulso me despertó a la hora de siempre. 4:15 am.

Esta vez lo dejé estar.

Pero no lo seguí.

No peleé contra él.

Solo lo observé como se observa la lluvia desde adentro de la ventana.

— Sé que estás. No tienes que llamar tan fuerte.

En la tarde limpié el apartamento. Violeta eligió qué botar, sin pedir permiso. Luna abrió las ventanas y bajó los Blackouts de la manera exacta para que no entrara el sol, y el apartamento se enfriara.

Laura puso música. Martina ordenó los libros por tamaño. Yo solo las seguía.

Fue la primera vez que el apartamento quedó limpio sin esfuerzo.

97

Fui al supermercado.

Entré con una lista corta.

Tres cosas.

Llegué al pasillo cuatro.

El cuerpo recordó antes que yo. El mismo olor. La luz. Y el impulso de soltar, de dejar que alguien más observe.

Miré el suelo.

Estaba limpio.

Sin marcas.

Sin huellas.

Como si nada hubiera pasado ahí.

O como si lo que pasó ya hubiera sido recogido.

Ahora era un recuerdo de lo que fui antes de fragmentarme.

Apoyé las manos en el vidrio frío del estante.

Las uñas un poco mordidas.

La cicatriz en el índice.

Estas son mis manos.

Tomé el cereal de chocolate.

El que amaba desde que era niña.

Seguí caminando.

Tomé una caja de leche.

No corrí. No me fui antes.

Seguí caminando.

Llegué a la caja. Puse una bolsa de ositos de goma en la banda.

Pagué. Salí.

El sol en la cara. Me detuve un momento.

Solo para estar.

Y me quedé.

Esta vez, mis manos se quedaron conmigo.

98

Habían pasado meses.

Me quedé en la acera de enfrente y miré la cuarta ventana.

Estaba cerrada.

Estuve un rato largo mirándola, sin apuro, sin necesitar que algo pasara.

Pensé en la primera vez que vi esa luz encenderse, en la certeza extraña de que ya la conocía, en todo lo que pasó después.

—Gracias —dije en voz baja.

No hubo respuesta. Tampoco la esperaba. La respuesta no iba a venir de afuera nunca más.

Eso dolió, pero era cierto.

.

Estaba cerrando la puerta cuando lo escuché: sus zapatos en el pasillo, el vecino del 412.

Nos miramos un segundo, como dos personas que saben algo del otro y han decidido no hablarlo.

—¿Cómo están sus muñecas?

—Bien —respondí, metiendo las manos en los bolsillos del buzo.

—Cuídate

Recogió el periódico del suelo. Antes de entrar, se detuvo.

—Las orejas de conejo… qué bueno verlas de nuevo.

Cerró la puerta.

Me quedé en el pasillo.

99

Esa noche preparé la cena.

Para una.

Pero puse cinco vasos.

Me quedé mirándolos en la mesa.

Uno para Laura.

Uno para Violeta.

Uno para Luna.

Uno para Martina.

La primera vez que sus nombres existían todos juntos, en el mismo lugar, sin que nadie los separara.

Los llené todos.

Me quedé de pie frente a la mesa.

Cinco vasos.

Cinco formas de sobrevivir.

Todas mías.

.

—¿Por qué cinco? —preguntó Luna desde adentro.

—Porque estamos todas —dije. —Falta Daniel. —Laura suspiró.

—Daniel está descansando. Ya no lo necesitamos para que nos cuide.

Hubo un silencio.

No el silencio de antes, ese que me asustaba, el que llenaban las voces para que no me perdiera en él.

Sino otro.

Uno que ya no necesitaba llenarse.

.

La comida supo distinta.

Más real que antes.

Más triste.

Todo al mismo tiempo.

Comí despacio.

Los cinco vasos en la mesa.

Algunos más llenos que otros.

Brindé por mi hermano que, aunque no pudo llegar, siempre estuvo conmigo.

Él me vio aprender a caminar. Me vio reír cuando yo dudaba que podía hacerlo. Me vio cerrar puertas que nadie debería haber abierto y me vio abrir la puerta a las versiones de mí que llegaron para protegerme.

Su alma y la mía siempre compartieron mi cuerpo.

Y aunque nunca pude tocarlo, sabía que siempre estaba ahí cuando el silencio se estaba volviendo demasiado grande.

—¡Por Daniel!

No recuerdo cuál vaso quedó vacío primero.

Creo que fue el mío.

100

Miré el cuaderno sobre la mesa.

Estaba casi lleno.

Ya no era un informe clínico.

Era una carta.

No sé a quién.

A mí.

A las que fui.

A las que sigo siendo de otra forma.

Leí las primeras páginas.

No debería estar escribiendo esto.

Sonreí.

Qué equivocada estaba.

Debería haberlo escrito mucho antes.

Arranqué la página.

Me la guardé en el bolsillo para que estuviera más cerca del corazón.

—¿Crees que alguien lo entienda? —preguntó Laura.

—No lo sé —dije.

—¿Y si no lo entienden?

Me quedé pensando.

—No nos importa. Nosotras lo entendemos.

La risa que sentí en el pecho no era solo mía.

Era de las dos.

De las cinco.

Eso tampoco lo había sentido antes.

Sentí la risa.

En el pecho.

Amarilla.

Moviéndose por todas partes.

.

Esa noche las escuché a todas.

No una por una.

Juntas.

Como cuando sintonizas una radio y la señal llega limpia de repente.

.

—¿Podemos ir a la tienda por algo? Quiero corazones de masmelo.

—Está muy tarde para salir.

—Podemos pedirlos. Yo conozco un lugar donde venden todo lo que uno quiera y hacen domicilios sin importar la hora que sea. ¿pedimos?

Sentí su alegría en el pecho. Sus ganas de vivir todo a la vez. Sin importar nada.

—Dejen dormir, mi cerebro necesita descansar. Dijo Luna —Nuestro. Querrás decir. —Dijo Violeta.

Sentí el calor en mis manos. Mi sonrisa maliciosa.

—Oye, Luna… —¿Qué?

—¿El alcohol mata neuronas?

—Interfiere con la comunicación entre ellas y reduce temporalmente la actividad de ciertas áreas del cerebro.

—¿Pero lo vuelve a uno bobo?

—Cuando hay un consumo excesivo, puede causar daño estructural.

La boca me empezó a saber a tequila.

—¡Violeta, no! No vas a volver a tomar.

—Es mi cerebro, yo veré.

—También es mío. El alcohol le hace daño.

Sentí la risa de Laura.

—Hmm, con todo el tequila que he tomado este año nuestro coeficiente intelectual debe estar por debajo de 100.

La risa de Laura empezó a sentirse más fuerte. No pude aguantar y empecé a reír.

—¿Qué tal si nos dormimos? —pregunté.

—¿Podemos sacar a Violeta del sistema? No quiero compartir cerebro con ella.

—Te está molestando, Luna. No le hagas caso. —Respondió Martina.

Bostecé. Me sentía agotada mental y físicamente.

Buenas noches, niñas.

Las cuatro se quedaron en silencio.

Dormidas.

101

Cuando desperté fui corriendo al baño y me miré al espejo.

No busqué a Martina. Ni a Laura. Tampoco a Luna ni a Violeta.

Me busqué a mí. La que estuvo antes de que esto empezara. La que quedó después de todo. Me sostuve la mirada. Fue incómodo. No estaba acostumbrada a mirarme así.

—Buenos días —dije.

El reflejo no parpadeó solo. No guiñó un ojo.

Pero tampoco me miró como a una extraña.

Sonreí.

Sonreí a la niña que fui y a la mujer que soy ahora.

102

El libro azul de papel estaba sobre la repisa de la sala.

Lo tomé con cuidado. La letra de ella.

Mi letra.

El sol entró por la ventana.

Sentí a Luna.

Bajé el blackout y prendí las luces cálidas de navidad.

El silencio de adentro era distinto esa mañana. No se sentía vacío. Se sentía habitado. No como visita.

Como alguien que camina por tus pensamientos después de quitarse los zapatos.

103

Fui al espejo grande de la sala.

No cerré los ojos esta vez.

Vi mi cabello largo. Mis ojos.

Vi mi piel y, con ella, su historia.

Me toqué la cara. Mis dedos reconocieron cada rasgo. Cada grieta. Cada parte que sobrevivió para hacerse más fuerte.

Tomé el cepillo rosa de la mesa.

El que tenía un espejo en la parte de atrás.

Lo pasé por mi cabello sin pensar.

Despacio al principio.

El sonido. Las cerdas contra el cabello. El pequeño tirón en cada nudo. La sensación de que algo se ordenaba sin que yo tuviera que controlarlo.

Lo hice otra vez.

Y otra.

Seguí mirándome mientras lo hacía.

Sin buscar a nadie más en el espejo.

—Me miro. Me reconozco.

Me peiné un rato más.

Como lo había hecho toda la vida.

Como si ese cabello me perteneciera.

Porque era mío.

Siempre lo había sido.

104

Fui al armario secreto.

Abrí las dos puertas.

El olor de los libros llegó rápidamente.

Doblada, entre dos de ellos, una hoja que parecía puesta adrede para que yo la encontrara.

"El *papel parece frágil. Si lo pones en el agua, se deshace. Si lo acercas al fuego, se vuelve ceniza. Si lo sueltas al viento, desaparece. Si lo pones en la tierra, queda marcado para siempre.*

Parece tan fácil de destruir.

Y, sin embargo, cuántas cartas, cuántos diarios, cuántos sueños se han escrito en él. Cuánto dolor ha soportado. Cuánta soledad ha contenido en silencio. Cuánto amor ha guardado sin romperse."

Tomé mi libreta y me senté en la mesa donde nos gusta pintar.

Busqué mi lapicero rosa.

Fui a la última página, donde el subconsciente habla.

"*Parecemos sólidos, permanentes…*

pero basta un segundo.

Una ráfaga. Una chispa. Una gota.

Y ya no estamos.

Así de frágiles somos.

Como el papel."

Me quedé sentada en silencio un momento.

Me miré las manos. Las uñas un poco mordidas. La cicatriz en mi dedo índice.

Regresé al espejo.

Solo estaba yo.

La quinta voz.

Destrozada en algunos lugares.

Entera en otros.

Ya no había cuatro voces hablándome desde afuera.

Laura, Luna, Martina, Violeta ahora vivían desde adentro.

Y entonces la pregunta llegó sola.

La más antigua. La que siempre había estado ahí esperando que hubiera suficiente silencio para escucharla.

—¿Y tú cómo te llamas?

105

Siento cinco.

“Las voces que más duelen

son las que tienen tu propia voz.”

Luna te tiene un regalo

¡El libro azul existe!

Se llama ***Todo es de papel***

@todoesdepapel

Encúéntrame en redes sociales:

Martina de Caramelo

@martinadecaramelo

ADVERTENCIA DE SPOILER

Esta sección contiene información que puede cambiar tu lectura.

Se recomienda leerla después del capítulo 105.

POSTFACIO DE LA AUTORA

Escribí este libro sin saber que lo necesitaba.

Empecé queriendo contar la historia de cuatro mujeres y un observador. Algo simbólico. Algo ficticio. Pero, a medida que avanzaba, el libro dejó de ser una historia y se convirtió en otra cosa: una forma de mirar de frente lo que había estado evitando durante años.

Soy una mujer con un cerebro que procesa el mundo de manera diferente. Vivo con autismo y TDAH. No tengo trastorno de identidad disociativo, pero sí he sentido, desde siempre, que diferentes partes de mí toman el control según lo que la vida exige.

Laura, Luna, Violeta y Martina no son personajes que inventé.

Son partes de mí que llevan toda la vida existiendo.

Escribiendo este libro, recordé cosas que creía superadas. Reviví momentos en los que me hicieron sentir que era difícil de amar. Lloré al darme cuenta de que, durante muchos años, creí que era mala, cuando en realidad solo era una niña curiosa tratando de entender el mundo.

La escritura me obligó a mirar de frente algo que había evitado durante mucho tiempo: la forma en que el trauma y las palabras de otros pueden apagar lentamente a una persona.

Este es un libro sobre trauma.

Sobre neurodivergencia.

Sobre salud mental.

Sobre las distintas versiones de nosotros mismos que nacen para ayudarnos a sobrevivir.

Todos tenemos voces internas. Algunas son tiernas. Otras controladoras. Otras impulsivas. Otras están cansadas de todo. Algunas siguen siendo niños heridos esperando que alguien les diga que nunca fueron el problema.

Que merecen ser amados sin tener que ganárselo.

Escribí este libro para que quienes viven con diagnósticos dejen de verse como un error.

Para que quienes nunca han sentido esto puedan entender que muchas conductas que parecen extrañas son, en realidad, intentos desesperados de adaptación.

Todos cargamos heridas.

Todos tenemos recuerdos que duelen.

Todos estamos tratando, de una u otra forma, de construir una versión de nosotros mismos que pueda vivir en paz.

Escribir este libro me enseñó que no soy mala. Que nunca lo fui.

Que he cargado durante años culpas que no me pertenecen.

Y que todavía estoy a tiempo de recuperar a la niña que fui.

Este libro está dedicado a mi mamá, que ha recorrido conmigo cada una de estas voces, incluso cuando yo todavía no sabía cómo nombrarlas.

Y también está dedicado a Laura.

Laura fue el nombre que me dieron al nacer. Durante muchos años, ese nombre dejó de sentirse como un refugio y empezó a doler.

Llegaba casi siempre acompañado de regaños, etiquetas, críticas y humillaciones, hasta que poco a poco comencé a asociarlo con la sensación de estar haciendo todo mal.

Entonces me cambié el nombre.

Ese día nació Martina.

Martina fue la mujer que construí para sobrevivir. La versión de mí que intentó corregir todo lo que creía que Laura tenía de defectuoso. La más madura, la más fuerte, la que debía tener respuestas, la que estaba decidida a arreglar aquello que durante años me hicieron sentir que estaba mal.

Durante mucho tiempo pensé que, para convertirme en Martina, tenía que dejar atrás a Laura.

Y durante muchos años la odié.

Pero una noche lo entendí todo, y la lloré con un dolor inmenso porque comprendí demasiado tarde que esa niña nunca tuvo la culpa.

Solo era curiosa, sensible, diferente y absolutamente luminosa.

Esa noche me reconcilié con ella.

Entendí que Martina no vino a reemplazar a Laura.

Vino a recuperarla.

.

Si al terminar esta historia sentiste que alguna parte de ti también pedía ser escuchada, entonces este libro ya cumplió su propósito.

Porque, en el fondo, todos construimos versiones de nosotros mismos para adaptarnos al mundo. Algunas nacen para protegernos. Otras para agradar. Otras para soportar el dolor. Otras guardan la alegría que un día creímos perdida.

Con el tiempo podemos olvidar quiénes somos debajo de las etiquetas, de las expectativas ajenas y de todas las estrategias que desarrollamos para sobrevivir.

Tal vez el verdadero acto de sanación consiste en detenernos por un momento, mirar hacia adentro y preguntarnos qué partes de nosotros siguen esperando ser vistas, comprendidas y abrazadas.

No la versión que otros conocen.

No la que aprendió a encajar.

No la que hace lo que se espera de ella.

Sino la que permanece cuando nadie está mirando.

La que ha estado ahí desde el principio.

La que sigue esperando que la reconozcas.

Algunas historias no terminan cuando se cierra el libro.

Si algo de lo que leíste se quedó contigo, si algo dolió más de lo esperado o hizo eco en lugares difíciles, buscar ayuda también es

una forma de sostenerse.

Este contenido no sustituye la atención profesional en salud mental.

Si necesitas apoyo, considera acudir a un profesional

Hay lugares, hay personas, hay formas de no hacerlo solo.

Pedir ayuda no es rendirse.

Es la forma más valiente de quedarse.

Si este libro te gustó. Déjame tu reseña en amazon.

Gracias :)

— Martina de Caramelo